

# **Poesía I**

**Jens Bücher**

Der.Res. © Jens Bücher  
No.Inscripción 79740

- página en blanco -

A Jennifer

- página en blanco -

## Índice

Poemas en el Año	7
Las Esculturas	67
En la Pradera	95
Acorde	125
Fragmentos	159

## Poemas en el Año

- página en blanco -

## Introducción

Noche, verte, que esto se me haya permitido,  
verte ahí, negra, grande, profunda;  
que a ti, toda mía, pueda verte afuera,  
lejos, cóncava, transparente -  
y yo, parado aquí con mis dos piernas largas  
sobre este planeta todo concéntrico de ti,  
mirándote con ojos enlagrimados  
y sintiendo mis brazos en la Y griega  
más humana que mano jamás escribió  
sobre el trasfondo del universo:  
cálido y despierto.

Lo que adentro sentí como un ciego,  
palpando, escuchando, intuyendo,  
(y quebrado en ocasiones  
hasta las raíces mismas  
de toda inteligente visión,  
anhelante,  
ante el muro del imposible,  
contrito y sin voz),  
lo que esboqué en imágenes amorfas,  
tentando suerte con alguna  
iniciada dirección del corazón,  
o lo que de algún sueño  
persistió por debajo de la cara reprimida  
hacia un actuar involuntario,  
su inicio insubstancioso y vibrante,  
de toda ley de giro oscuro centro:  
allá arriba, un área,  
y alzado como un cariñoso saludo,

ancho y sin estrella,  
extraño contrapunto de aquel otro puntual,  
polo sur, *verte*, bendito y querido,  
suave y lento en medio del año  
que describe en cientos rotaciones  
mi alma estacional.

Cruz,  
inequívoca y sutilmente perdonable, ascendiendo  
en las primeras horas del amor desconocido,  
no obstante los experimentados orgasmos  
de una dulzura primera, superficial y tierna;  
cruz humana  
y como dibujada por la mano de un niño  
que, acosado por un mundo adulto,  
busca e intenta las conductas  
de una maduración que aún no domina,  
dudando al final de lo que su mano *puede*;  
cruz  
en alguna constelación de mi propia sangre,  
imperfecta, familiar, querida,  
unión de cuatro luces para significado  
de todos los sufrimientos  
que aceptamos humanamente  
y hasta la capacidad  
más sublime de todos los suicidios,  
transversal, triste y errónea:  
cruz de madera,  
antítesis de manzana, seno, guagua y flor;  
cruz ascendiendo  
hacia el vuelco de mi noche en el próximo día,  
hacia la infinidad redonda de la negra altura;  
cruz estelar,  
cómo te he llevado por vados de amargura

cuando mi alma quería y no quería  
avanzar hacia el amanecer,  
enlutada y oscura como iba por un cielo sin luna  
y sin poder soltar la primera lágrima.

Y las dos compañeras  
que siguieron en vueltas enyuntadas  
el camino de la cruz,  
enérgicas, prodigiosas y luminosas,  
voz de qué reservada fuerza,  
indicio de qué pozo tan profundo y lleno  
son estas dos luces  
en el firmamento de mi cráneo -  
que, viéndolas, tú un poco te asustas  
antes de apoyarte en tan grande seguridad:  
sobrepasándonos, emparejadas que van.

Y Achernar, al otro lado,  
luz solitaria de toda certeza,  
cuando el mar del suroeste  
te recuerda, tragándola,  
la finitez de cada melancolía,  
por prolongada que haya sido.  
Brilla y recuerda.  
Que el borde dulce que ostenta la amargura  
es una mentira bondadosa,  
que lo amargo lo es de veras,  
y soledad, soledad.

Pero primaveral,  
desde el este, sobre las últimas heladas  
que te hicieron brillar una cordillera brillante,  
y entre aromos derramados en amarillo,  
asciende Orión, vistoso, abierto, claro y grande,  
anunciando tiernamente  
los ímpetus de un nuevo ciclo.

Vista hermosa  
que renaces en la mitad del semblante,  
Orión limpio y cálido, *cómo* has emergido  
del mundo ingenuo y querido de la amante.

Y Sirio,  
que pasas por encima casi de toda conciencia,  
vigilante -  
y atento como la más brillante flexibilidad  
que animal cualquiera haya gozado usar jamás,  
sabiduría y advertencia  
desde la mitad de mi noche más profunda:  
tuyo, pasando por la cúspide efímera  
de mi aleccionada inteligencia.

Y para jugar a los peligros, a las hadas y letras,  
nortino, Aldebarán infantil y hermoso, y más allá,  
desvaneciéndose, las Pléyades titilantes.

Noche transmutada a la infinidad externa,  
mía, mía,  
en la devoción más lograda  
a la que sepa abrirme.

Más tardío, Escorpión otoñal  
en seña de confirmación y belleza,  
irradiándose desde Antares, como yo de Dazhui,

sapiente y seguro.  
Quién no midió su destino contra la figura estelar  
al cogerle la imagen.  
Quién,  
hincado en la profundidad de un momento humano,  
no intuyó debajo de Scorpio,  
debajo de los pies, de la tierra,  
allá debajo de todo,  
el sol en el centro de la luz día.

Y tú,  
involucrado en el eje de esta rotación infinita,  
vibras amante.

## Poemas en Otoño

La distancia entre ramas  
clarifica toda limpieza  
y me  
despliega.

Tú, pujar,  
desde la infancia poderosa  
y hacia el día entero,  
a pesar de las interminablemente repetidas  
barreras del mundo grande:  
¡cómo te acorralaron!  
Y ahora el paciente laborar  
por devolverte a ti mismo la ingenua ternura  
frente a las verdaderas barreras  
de tu profunda naturaleza:  
¡qué ofrenda vital!

Un día cualquiera, tímido, sorprendido y alegre,  
sentí que la herencia que recibimos y damos  
es el quehacer.

Yo hago mis ojos de tal color, ¿y tú?

Mis huesos más bien largos, mi cielo lo abro,  
y sobre mis espaldas

voy ahorrando todo tipo de penas y esperanzas.

Soy de aquéllos

que se hacen crecer un corazón hambriento y ágil

y que en la cara interna de sus antebrazos

tornean el continente para el quehacer tuyo.

Me mostraste una ramita  
por no recuerdo qué dijiste  
y yo miraba tu mano y tus dedos  
y la rama y el aire  
que contenía todo esto:  
no supe qué contestar  
ni me atreví a equivocarte  
con toda la belleza  
de tu piel y de esa corteza.  
Pero mañana tal vez  
estará dispuesto esto  
de otra manera.

Te sentaste a la mesa  
y dejaste que las manos  
se te vayan a la greda.  
Cuidadosa, cariñosamente  
fuiste dándole figura, superficie,  
hueco y textura,  
y así tus dedos con barro y polvo  
te hicieron de a poco transparente.  
Muchacha querida -  
¿qué oscura gravedad  
lanzó una red de melancolía  
sobre esta claridad recién alcanzada?  
(¿Qué cara te despertó más tarde  
en mitad de la noche  
y te asustó  
hacia el llanto abierto y tembloroso?)

Entonces yo (imagen escondida de tu alma)  
me dejó llevar por la ternura  
que me emerge de tu greda -  
sabiendo sin embargo  
que la renuncia antecede a mis pasos  
como el miedo a los tuyos.

Así como el pájaro - a quien la tormenta  
terminó finalmente por destruir  
el nido recién acabado,  
ahora revolotea, busca, junta, se desconcierta  
y levanta vuelo para sólo volver  
sobre un resto aún figura  
y se sienta:  
así tomar un lápiz  
y sentar unas palabras queridas  
sobre lo que aún es papel -  
y entonces bajar los párpados  
(como al atardecer el cielo baja la luz)  
sintiendo  
que la sangre va por debajo de la piel.

He pensado en lo nuestro,  
en lo que nos acerca, en lo que nos aleja.  
He conformado de luz y oscuridad  
el entero que somos.  
He vibrado seguro en tus temores  
y me estuve tembloroso en mi confianza.  
En este caminar de mi alma  
se me hizo otoño de belleza y presagio  
y he pensado que no sé.  
Que te quiero.  
Que la vida es un torrente  
que va y que nos lleva.  
Que la ternura,  
cuando eres tierna -

La simpleza en tu hablar  
se eleva en el aire  
como el suave giro  
de un humo tranquilo.

En medio de esta pieza oscura  
la vela ahí,  
hecha centro de su luz tibia y poca,  
se irradia de sí.  
Qué es lo de mí  
que me entibia espalda y manos  
y que se irradia  
a través de este llanto austero  
y de lágrimas salinas.

Esperar entonces  
que en un vuelco del sufrir  
se acomode en el seno de tu sentir  
un ruedo de confianza.  
Suficiente tan solo  
para acoger alguna pequeña cosa,  
y dejarla estar en la limpieza.  
Verla, sentir como es adorable,  
llevarla consigo  
y hacer historia y pertenencia  
(de esto que no es para tener):  
quererla.

Cada cosa quiere  
que la veas como un centro:  
tú te inclinas hacia ella,  
la observas, la quieres,  
te sumerges en ella  
cruzando oleadas de periferia -  
y un centro creciente y nuevo  
comienza a cobijarla  
en lo que antes parecía  
nada más que materia.  
Y cuando tú soplas vibra de ti.

¿Hay algo que no sea  
el aire en que estamos?  
Pues todo es aire.  
El sentir, el sentir hacia cada cosa  
y, en su vuelta, espejado,  
limpio, transparente,  
su dirección abierta  
hacia un espacio polidimensional:  
vibrante, luminoso, real -  
y eternamente respirable.

Que no más sea ya importante  
el que nos hayan enseñado mal  
y que hayamos perdido en lo vivido  
tantas seguidas ocasiones:  
con todo el tiempo por delante.

Pues tampoco la naturaleza  
se enoja con aquello que no fue  
ni busca las causas del error,  
sino tolerante más bien  
se abre camino  
hacia la expresión de sí  
en mil juegos nuevos.

Está en el animalito hacendoso  
el olvidar  
y también en el niño que se cree solo:  
cuando tropieza y no siente dolor,  
se yergue bajo su propia pena  
y vuelve a perseguir las palomas sueltas.

Y comenzar antes que nada  
por ser un mago bien de veras  
y, a todas las dagas y espadas  
que una y otra ofensa  
arroja contra tu corazón,  
quitarles punta, dureza y filo,  
y frenar su vuelo  
como el pájaro  
antes de parar sobre la rama.  
Quitarles imagen y más,  
sus nombres inequívocos.  
Envolver su brillantez  
con un halo de silencio  
y callar uno mismo:  
así como calla a veces un animal  
al mirarte.

Y entonces, más humano,  
abrir las manos como quien toma agua  
y dejar que sea.

Cuando la felicidad te  
invierte los tímpanos  
y *emites*  
música.

Hoy me senté al sol  
y me calenté la piel  
en este fresco mediodía,  
tal como lo hacía mi abuela  
detrás de un ventanal  
cuando se quebraban las nubes.  
Así fue que siendo un muchacho  
le pregunté por mi suerte  
y me dijo que lo haga fácil.  
Hoy, sorprendido de mí,  
sentí la ternura del sol  
simple y claro  
sobre mi cuerpo denso y relajado.

¿Qué lugar más claro y triste  
en mi alma  
se llama mandolina?  
Este jugar en rítmicos ruedos  
de reverencias simples y elegantes,  
pedir y dar,  
toma, recibe,  
manzana, agua,  
una mirada o un beso.

Qué milagrosa gracia esta  
frágil franja entre  
más y  
menos.

Hoy andaba con frío, con pena.  
Busqué unos palos, encendí un fuego  
y puse a calentar un poco de agua.  
El aire estaba transparente  
de limpieza y claridad  
y todo lo estuve viendo. -  
Más tarde,  
el jarro entre las manos,  
se me hizo más suave la hora  
y arranqué un pasto,  
lo tuve entre los dientes  
y lo moví con los labios.

El pájaro no puede caer  
hacia su destrucción abajo  
sino siempre le antecede  
la relación del vuelo,  
así también nosotros  
cuando nos coge la regresión  
y soltamos la altura:  
la evidencia parece devolvernos  
hacia una curva  
de impulso ascendente.

Que ya no sé de estructuras.  
Y lo que atesoré  
en los cortos y distanciados recreos  
con que se trizaba tal o cual angustia  
no sirve y se vuela y se deshace  
y vuelve como ya en la memoria:  
semejante al niño que suelta el balde  
al descubrir que la arena es más que esto,  
que es una apertura hacia la distancia,  
que es un correr y un brillar  
y un universo de olas  
que sobrevuelan gaviotas blancas.

Como aquel pájaro que al final  
por último, increíble, llegó -  
y vio la costa y respiró,  
serio y concentrado como venía  
y seguro de sus exigidas alas  
casi no pudo alegrarse,  
y que al posarse en tierra  
¡en tierra!,  
le molestó que el sol atrás  
estuviese ya cayéndose  
al horizonte nuboso:  
y hubo cruzado el espacio  
que jamás fue reservado  
para un pájaro  
sino para, cuando más, una ballena,  
así también nosotros,  
a quienes se nos entrega a veces  
un espacio  
a nosotros no reservado:  
nos concentramos en el esfuerzo  
y no vemos la poesía del vuelo,  
embuidos de él,  
respiramos, ahora,  
¡a este lado!,  
asombrados del color de la arena.

De la propia oscuridad  
les nació el nombrarte el Oscuro,  
y tú sonreías, iluminado como ibas,  
sintiendo la energía  
que te brotaba en cada vuelco,  
en cada transformación  
a que sometías tu corazón.  
Y cuando quisiste contar  
y explicar lo grande,  
lo infinitamente grande  
que puede ser lo que uno abarca,  
y que todo esto va y viene  
y pulsa y vibra y vive y fluye -  
entonces, viejo hermano,  
tus manos cruzadas sobre tus piernas,  
te conformaste con la vía de lo poco  
y lanzaste apenas dos palabras,  
dos apenas para quien oír quiera.  
Y después, vuelto a no resignarte,  
saliste a conquistar el idioma,  
así como todos lo pretendemos,  
equivocados de nuevo -  
y qué queda, viejo, si no la sonrisa:  
tú lo sabías.

Y tú viejo otro de mi corazón,  
al otro lado de la tierra,  
hermano del alma,  
buen tío de toda buena esperanza,  
espacio para nacer, antípoda y totalidad  
de todo lo que es:  
tú, el más valiente de todos.  
Y que los muchos no te hayan entendido:  
si siempre hay muchos que no entienden.  
Viejo con quien no podría conversar  
la alegría con que comparto tu dirección.  
Tal vez si jugando te regalaría  
la belleza de un pasto  
extendiendo mi mano vacía,  
y tú, benevolente,  
llorarías las gracias de una sonrisa.

Qué es pertenencia  
sino sólo de entre todos los círculos  
que describe tu corazón  
uno que, más amplio y lejano,  
va dando horizonte a tus emociones.

Qué es pertenencia  
sino sólo el intuir de un allá afuera  
que posibilita la concentración  
hacia esta intimidad.

Qué es pertenencia  
sino sólo, cuando te pierdes,  
el camino de vuelta a ti.

El mar es otra vez lo que somos  
y que no nos pertenece:  
pues quién no estuvo una noche  
delante del océano de su alma,  
viendo quebrarse las olas  
contra la playa de la tolerancia,  
quién, benevolente, no dejó  
de pensar en la distancia,  
en la profundidad,  
y se conformó con querer y ser querido,  
quién, con olor a sal en la piel,  
no abarcó en su vista  
la energía que venía a reposarse  
en su percibir de animal cálido:  
¿y algo de esto  
fue alguna vez tuyo?

Deambula mi alma  
en círculos y ruedos  
uniendo y moviendo,  
como si en una otra vida  
hubiese sido la de un perro  
que ordena el rebaño  
y que ahora, después de la sorpresa,  
cuida de este otro conjunto.

Y yo mismo soy un pastor  
que, sin saberlo, aprendió  
de los vientos la realidad del futuro,  
de las piedras el calor y el miedo,  
y en los ruidos música del vivir.

Yo y mi alma no somos dueños  
ni siervos de nadie -  
y cuando nos movemos  
por la ladera del cerro  
sentimos pertenencia y devoción  
como gracias divinas.

Si yo fuese un animal  
que anda bajo árboles,  
oliendo, acercándome,  
dejando de lado,  
a veces casi resbalando  
antes de un salto  
y tomando una huella nueva:  
qué me sería el otoño  
si no la riqueza  
de bayas y bellotas,  
el olor de las hojas en el suelo  
y el aire que contiene todo esto,  
rama, gota, ruido y señal.  
Y yo,  
referencia despierta  
del entorno transparente,  
cómo iría reposado en mi sangre segura  
mirándolo todo  
con estos ojos que no conozco.  
Más tarde sin embargo,  
después de algún prolongado viento frío,  
y sintiendo que la necesidad  
me eleva de aquí,  
me entristece, empuja, apura,  
y que pronto, súbitos,  
astringencia y peligro  
cubren el paisaje  
(como más tarde, blanca,  
lo hará la primera nevada):  
yo, sin saber,  
abierto a todo el viento,  
cómo iría ensayando  
conductas de un nuevo instinto,  
intranquilo y hacendoso.

Pues por cierto que somos  
un poco como los animales  
con esas cosas que vamos dejando de lado  
cuando vamos apurados.  
Pero a veces te sorprendes  
de una mano que no es útil  
y que está ahí.  
Un cuello,  
tierno hasta la edad la más avanzada.  
O en un parque  
el andar de una adolescente  
con sus caderas blandas y graves.  
Y más aún, un animal mismo  
si al elegir la dirección  
no gira de nosotros su estar  
y anhela más allá de sí la vertiente,  
el arbusto en su silencio,  
la noche inmensa,  
y el aire, el aire exquisito  
cuando al amanecer las piedras  
son más que todo.

Las hojas del ginkgo  
caen en vueltas  
de amarillo  
maduro.

Pero también te llamas otoño,  
gingko desordenado,  
desde que tus hojas eluden el verde  
y hasta que, más tarde,  
mueran en caídas las más amarillas  
que tu propio corazón conoce;  
y las pocas ramas  
queden abiertas a toda desolación,  
casi como equivocadas  
de haber estado vivas.  
Otoño te llamas  
cuando también a mí  
me viene la noticia  
de un total desprendimiento.

Y lo que queda en el pasto  
es nada más que la luz  
de tu transformación.

El sufrir es un poco como el otoño  
cuando te inunda tu paisaje  
el viento tibio del noroeste  
y te anuncia lluvia.  
Te retraes a una pieza  
cada vez más adentro,  
como si hubiese verdad  
en eso del refugio.  
Te acuerdas que antaño  
hubo calor de algún fuego,  
y el descanso que ahora falta  
te suelta el llanto  
hacia la transparencia  
de tu entorno.  
Otoño - en su silencio  
que va hacia algo  
que aún no es.  
Otoño - en el pelo  
que cayó sobre tu cara,  
suelto y tiernamente humano como es.

Otoño del alma, por qué tú vuelves  
tan repetida, tan persistentemente,  
casi como que alguien  
te estuviese eligiendo -  
¿quién, quién podría ser?  
Y te anticipas con un cielo cubierto  
como para que nada dude.  
Y entonces sobrecoge  
el presentir una próxima desolación,  
el prever la estepa y el viento  
y la pena de quedar expuesto  
al frío y al no saber  
y sentir la lejanía como peligro:  
que te faltó amar,  
que no dijiste,  
que no terminaste.

(Pero más tarde la felicidad  
del verdadero frío  
y de la ignorancia y del temblar  
por todo aquello que te tenía quieto.)

Mira,  
otoño es más que la belleza de esas hojas  
que van a dar delante de tu andar,  
más que la distancia que se abre  
entre la infancia y esta tarde -  
más por cierto que la melancolía,  
la nostalgia, la pena - :  
es frío también y contracción  
y las sorpresas hacia la crudeza  
y, entrecortado, el presentir  
de una nieve más nieve  
que todas las que conoces.

Y tu corazón,  
puesto entre verano e invierno,  
sale afuera a ver  
lo que adentro se cierra.

Cayeron las hojas  
y tu vista se eleva  
a través de ramas desnudas  
a nubes nómades.

## Poemas en Invierno

Más allá de toda pesantez, del recuerdo  
y del favor de quien quiso quererte  
y no pudo más que pedírtelo,  
pensando, tal vez, que es humano -  
más allá, más.

Y de las frustraciones saliendo  
hasta aquella grande y única  
que te junta lentamente los labios,  
más.

Por encima, tropezando,  
de aquello que antes adoraste,  
verlo, saber y seguir.

Donde pensaste encontrar algún animal emocionado,  
uno último - o una fuerza que aún mueve,  
nada, nada.

Más que intuir la visión, verla.  
Quebrarte, bajar tu cuerpo  
y junto a ti también  
de la inteligencia un último resto;  
inmóvil, duro y frío  
ante un día ausente.

Eternidad del no.

Desplegada a través del universo  
como la fórmula secreta de su real posibilidad,

la de éste: intangible, infinita, incorpórea.  
Función de la nada.  
Función inestructurable.  
Vacío.

Y quien te vea -  
qué podría saber.  
Inmerso tú en esto que es no.  
¿Qué?

Y tú mismo, a quien sueño  
ninguno sustrajo de ti de tal modo:

¿Qué?

Números. Números ahí.

## Poemas en Primavera

Colgando de la oscura ramita  
- pequeña, limpia, reflectante -  
la gota se experimenta a sí  
como un resultado.

Cuando se evapore, caiga  
o persista con algún volumen,  
será ya más tarde y el día avanzó  
desde el ahora.

Fue de joven que al ver a unas gitanas  
tuviste ganas de conocer países, lugares.  
¿De dónde vienen? ¿Dónde están?  
¿A dónde, mañana, a qué prado muy abierto  
irán a instalarse?  
Y tuviste envidia de su libertad gratuita,  
de su carpa insegura  
y del futuro que ellos llevan  
en algún bolsillo muy familiar,  
cual moneda, anillo o naípe.

Y nosotros, cuando aprendamos  
que el tiempo no es una línea  
sobre la cual avanza nuestro punto presente.  
Sino una esfera. Un aire que te envuelve.  
Un ámbito que te protege y posibilita.  
Un universo que se concentra hacia ti,  
desde toda dirección,  
y tú, abierto hacia cualquiera,  
- sin prejuicio, flotando -  
experimentas la validez de la ingenua ubicación.

Si el futuro estuviese adelante,  
¿cómo vamos?  
Como el viento tal vez  
que algo concierne al bosque,  
pero más, más, a nosotros en su mitad,  
cuando lo presentimos, y después:  
penetramos, abarcamos y soltamos de nuevo,  
como el gesto más cariñoso  
que la naturaleza inventó  
y se hizo a sí misma:  
esfera sin más límite  
que la graduación paulatina  
hacia lo que importa  
y desde aquí, suavemente,  
hacia un menos.

Pero a veces eres tú el bosque  
que un viento inmoviliza.  
Y ahí te estás sin tiempo ni lugar,  
estructura expuesta a toda corrupción.  
Antítesis de ti mismo,  
que cruzaste hasta el extremo más total.  
Resultado que eres,  
sin intensidad o gracia.  
¿Cómo llegaste? - ¿Saldrás?

Y una gota de magia  
cae sobre tierra dispuesta.

Y tú, felicidad,  
a quien hemos desplazado  
en nombre de alguna deidad  
hacia un pisoteado peldaño  
de nuestro quehacer,  
menospreciada si no temida sonrisa  
en la cara de un ingenuo:  
abierta, limpia y grávida  
como aprendí a quererte y a adorarte,  
tú en el inicio de toda dirección,  
así deseo corresponderte:  
atento, serio y abierto.

Y cuando la primavera se inicie  
estaré mirando y queriendo  
lo que se muestre feliz.

Te acercas al árbol,  
frío y mojado de rocío que está,  
y lo ves: desnudo y limpio.  
¿Cuántas veces tu alma  
no se amaneció así a la cara amiga?  
Habiendo botado los signos del verano que ya fue,  
decidida mejor a la pobreza  
que a una seguridad mentida.  
Y se estuvo desnuda.  
Así viendo ahora la corteza del árbol delante  
sientes la primavera que aún no se muestra.  
Y no que inventes, por cierto, o que recuerdes.  
Está ahí ya, como un regalo de tu corazón.

Tiembla, tiembla la tierra, ¡tiembla!  
¡Avisa!, ¡alerta!,  
pero ya el estruendo llegó antes,  
tú no lo alcanzas.  
Pájaros, ramas, agua y la tierra misma,  
ahuyentados de todo y de sí,  
temblando.

¿Qué, qué es?

Y a mitad de mañana  
(que si a la altura de los ojos  
te hubiesen forzado, abierto la cara,  
no sería más violenta la visión),  
el paisaje claro y limpio,  
y hacia arriba, el cielo brillante,  
la distancia vibrante de plenitud y luz.  
¡La primavera, la primavera que viene  
desde la mitad de tu ser!  
Viene y se rebasa en oleadas de apertura.  
¡Primavera! ¡Primavera!

Hay aromas  
que a veces te toman por sorpresa  
y te abren al día:  
a un antes repentinamente muy vigente,  
a un amar sin nombre,  
a una sonrisa apenas esbozada  
y con la que cubres vastas superficies  
de tu extrañado entorno.

¿Es acaso nuestra vida algo más  
que el sentido de tal o cual apertura,  
cuando, concentrándose paulatinamente,  
una sensibilidad apartada  
te alcanza y despierta  
hacia la limpieza de un aire,  
de un agua o de una mirada?

Gira la greda en el torno y tú la observas  
cómo se está muda con la gravedad centrada  
en algún lugar inmóvil de su libre intimidad.

Si pones la seguridad  
en la suavidad de tus dedos  
te sigue, humilde y graciosa,  
hacia el significado de continente.

¿O eres tú quien la sigue a ella,  
emocionado al vivenciar la duplicidad casi mágica  
del rápido girar a través de su acabada quietud?

Parece que fueses un gigante, primavera,  
como levantas tu inhumana estatura  
desde el valle central de mi alma  
hacia lo alto de un cielo que acepta.  
Todo parece acompañarte al subir,  
cordillera, esperanza y vista,  
descansada que vas después que todo lo tuviste,  
invernalmente, paz, agua y tiempo.  
Hacia lo alto, erguida y levemente mareada,  
y ver hacia lejanías de tu propiedad,  
tierras que comienzan aquí debajo  
y que pronto harás cantar hasta el horizonte  
transparente de aroma y color.  
Cantar a tientas, felices, a cada iniciada voz  
un apoyo desde leyes seguras y vivas.  
Arriba, respirando la frescura,  
suficiente y del todo imperturbable  
a tormentas atrasadas que alcanzan  
y atraviesan tu cuerpo traslúcido,  
despierta, inocente y cálida que vas,  
desplegando y descubriendo funciones de candor -

a ti alude la naturaleza  
cuando entona su claridad  
hacia un día abierto de luz.

El botón floral  
se deshace de sí  
y se abre  
al día.

¿Quién, dime, querría,  
al ver el torrente, inventarle alternativas?  
Sino emocionado,  
despierto en la claridad, involucrarse.

Y no que desde el otoño hayas cambiado,  
cuando a tu decidida devoción  
el frío le botó hoja e imagen  
y perduraste bajo costras,  
inmóvil, sordo e impersonal;  
y ahora agregaste al milagro del persistir,  
este otro, el rebrotar.

El mismo, tú, sirviente enamorado, que te abres  
al océano de aire, de calor, de luz,  
obediente como nunca el más afinado violín  
supo dar de sí dulzura e intimidad  
desde su centro querido;  
abierto a la felicidad que sin voz te circunda;  
al todo espaciado y claro  
que recibe tu quehacer exacto,  
suficiente y limpio - :

desde la necesidad más apremiante y evidente,  
tú, el mismo, emocionado, despierto e involucrado.

Saberme expresado  
en cada uno de estos pequeños pétalos  
rosados casi blancos que son,  
desplegados en torno a un centro  
igualmente abierto y dispuesto,  
cara a cara con el cielo inmenso  
que los contiene, seguro y desde lejos.

Saberme expresado  
en su vida efímera,  
atractivos que son en luz y forma,  
ingenuos hacia el centro de aroma  
y futura, ajena vida, inocentes y convencidos,  
tenues al aire que más tarde  
los habrá de tomar y guiar  
hacia un abajo abierto y tierno.

Saber  
que su luz es el extremo más lejano  
de mi propio sentir.

Que lo que en ellos gira y se realiza  
aquí adentro de mí va y se hace.

Que su rosado claro se sostiene en el aire  
como el sí más íntimo  
que convicción cualquiera sepa decir.

No de ti viene la fuerza ni de imagen alguna,  
sino de aquel trasfondo al que te abres  
en momentos de ingenuidad felizmente vivenciada.

Atraviesa periferias  
de incertidumbre, pobreza, sueño,  
sigue, sigue,  
obediente a la única decisión que tomaste:  
como un animal que va al agua.  
Y donde un imposible aparente bloquearte  
camino y dirección -  
realiza la osada transformación.

Rebotado, la vista sorprendida y alta,  
y en las manos el entusiasmo -  
que te han de ver.

Y cuando dos se unen,  
¿no es uno, más profundo, el que va y se realiza?

De cariño en cariño, de beso en beso,  
atraídos por diferencias exquisitas,  
fuertes y tiernas.

Así el viento también, el agua, el sol y lo verde,  
en el despliegue de vida más limpio y abierto  
que alcances a intuir.

En nosotros surge  
al hablar de lo útil un odioso sentir,  
pero mira, si en todo lo que realmente te incumbe  
hay algo, un poco, un casi nada por lo menos,  
que *no* lo sea -  
claro, ingenuo y vivaz.

Y qué va el momento oscuro  
cuando comprime tu corazón  
como la mano un limón  
y caen las gotas ácidas -  
si también está la dulzura  
indicando tras sí la huella  
que va al amarillo de su cáscara clara.  
¿Quién, acaso, te crees,  
que podrías parar con tus errores  
esta emergencia  
de dulce calor, de luz inundante, de simpleza?  
Frenar tú - : ¿qué?

Pues la primavera viene,  
te toma en su mano  
y te sostiene hacia la maduración  
de un verano grande y serio.

Primavera es la claridad  
que antecede feliz  
la fuerza de tu seriedad.

¿Qué pasaría a nuestro anticuado lenguaje,  
al único, si vivenciases - sin vista -  
la luz que se derrama al progresar la primavera?

Si quitases imagen a todo acontecer  
y dejases que cada fuerza  
encontrase un nuevo lugar,  
uno libre, flotante, desplazable -  
y jugasen ellas en su propia timidez,  
en su apenas iniciado pudor,  
girando y cruzando y volviendo,  
metamorfosis en metamorfosis,  
cambio, centro inicial de todo inicio -  
e interrumpiendo a veces una,  
una que se despliega y aleja entusiasmada  
en su silencio amigo  
hacia un afuera expandido, casi ya real -  
así viéndolas tu corazón jugar,  
¡cómo crearía desde sí los gestos de una expresión  
ahora clara, útil y limpia!

Es cierto, primavera,  
a veces me toma un oscuro sentir  
cuando me contrasto  
con todo tu convencido entusiasmo:

que si soy capaz de serte fiel  
hasta la ya inhumana limpieza  
que logras encajar  
entre casi eternas costumbres -

que si mi atareado corazón  
se sabrá estar suave y apacible  
hasta la maduración de un desconocido sentir -

que si la simpleza de una emoción  
va a gustar pasarse  
en torno a mis manos abiertas -

que si mi mirada humana,  
antes de bajar los párpados,  
verá la gracia de todo desprendimiento -

sí, primavera,  
cuando te quiero desde la pobreza de mi hogar  
me voy en tristezas que me expresan bien.

La vida se puso de acuerdo  
y crece en mil instancias  
hacia los frutos  
de su propia armonía.

Y ese verde que sigue a los brotes  
apenas sostenibles en su propia clara ternura,  
ese verde suficiente  
y desprendido de toda ambición,  
desnudo y perpendicular a toda luz,  
verde y vida en mañanas de sano crecer:

cómo adorarte en tu millonario despliegue,  
limpio y útil que vas en el centro  
de un universo que vibra por ti.

Bajo ramas nuevas  
que crecen y se entrecruzan  
en un espacio de aire y brisa  
la iniciada sombra  
- fresca, húmeda y tierna -  
acepta la planta de tus pies  
cuando vas a la menta,  
silencioso y despierto.

Así en nosotros  
cuando nuevas emociones se despliegan  
en un alma primaveral y dispuesta,  
hasta que de varias atracciones  
una, la mejor complementada,  
acepta tu iniciada inclinación  
cuando vas a la piel,  
suave y seguro.

El aire, el frescor  
y el agua blanda  
son cuna a helechos  
de alegre melancolía.

Quién, alzado sobre una montaña andina,  
no le cogió frente a las estrellas  
la amplitud del cielo  
que gira en torno al pecho pulsante.  
Quién, altas las cejas por encima de los ojos  
que, clavados en Achernar brillante y apartada,  
van comprendiendo la belleza  
de toda solitaria constancia  
- y te sonríes de la casi humana geometría,  
limpia y exacta que es -,  
quién no se estuvo admirando  
toda esta mitad de universo transparente  
y clara en su tolerante oscuridad,  
y después, mirando aún al este,  
no vio la cordillera bajar su perfil  
hacia la profundidad de un giro inmenso,  
hacia la luz tímida, apenas intuida,  
que avanza por delante del día que viene,  
lentamente,  
como un beso cuando demora pero es.  
Quién no vio las estrellas amadas  
desvanecerse.

Y tú, conmovido y cálido,  
lloras tu emoción a un entorno de piedras,  
hielo y aire, sabiendo, en la cumbre,  
de una tierra bendita bajo toda soledad,  
bendita y hermosa y amplia  
como nada más.

Desde detrás de aquellas lejanas líneas  
emerge tu sol rojo naranja,  
desde la región hermana  
allá en la planicie dadivosa,

pausadamente ascendiendo  
hacia la crecida luminosidad;  
y en tu mirada brillante  
se muestra doblemente madurada  
la ternura exquisita -,  
hasta que la punta de luz,  
resplandeciente y aguda,  
te cierra los ojos para propio bien tuyo.

Entonces giras el cuerpo  
y miras al valle gris abajo  
cómo yace y se despierta.  
Que la luz no cae como llovizna:  
eso verlo desmentido  
desde la altura pétrea y helada  
de tu inusual madrugada;  
tenue y limpia luz, llovizna, cariño,  
cariño sobre piel adorada -  
y más allá,  
el aire fino sobre el océano lejano  
trasluciendo hacia el celeste  
la luz amarilla de toda esta calidez  
que sientes en tu espalda.

Tú,  
sobre el filo de la montaña, respiras tranquilo -  
y tus manos acarician hielo y rocas  
como en un humilde anhelo de paz  
para este día nuevo y despejado.

Aquí me estoy en mi patio de casa pobre,  
patio de malvas, calas y manzanillas,  
patio abierto al cielo  
esperando que crezca el damasco  
y dé sombra sobre el calor de la tierra.

Y pensé en el rico  
cuando lo tiene todo y todo lo impide  
desde su seguridad mentida y su futuro de miedo.

Me levanto de mi silla, alcanzo el balde  
y riego las raíces del árbol que crece.

Como el agua de vertiente  
- al bajar tú la boca -  
sigue fluyendo  
cuando te convida.

El amor y la pobreza  
cuando van de la mano y cruzan la pieza -  
te asombras.

Tomas un lápiz y dejas que sobre la mesa  
se dibujen líneas y uniones de lugares a otros.  
Observas una mano que casi podría no ser tuya  
así como está entera y justa.

De niño, entonces, ¿era primavera?,  
y descubriste un poco de tu soledad  
cuando querías colores lindos  
y lloraste y tus manitos aquellas  
te apretaban la cara.

También ahora, que sientes hambre,  
que amas y no besas -  
y ves tu mano guiar un lápiz  
sobre una mesa que refleja tu propia intimidad:  
se unen presencia y carencia  
a un descubrir suave y maduro.

Crecieron los pinos oscuros  
hacia la claridad  
y formaron ángulo  
con la ladera de cascajo y greda.  
Tomando atajos y frenando  
resbalaban tus zapatitos  
de niño agitado. - ¿Qué había?  
El atemorizado goce de la libertad,  
excedida casi,  
y la extraña seguridad que algo,  
muy en el fondo,  
estaba bien así.

Vuelta, caída, rasguño -  
y el olor de conífera  
en los dedos pegajosos.  
A veces, más tibio,  
un aire cruzaba por detrás  
con aroma de hierba o flor,  
dulce y suave,  
y tu carita se sonreía  
sonrojada en su soledad.

La calceolaria amarilla  
sostiene la oscuridad  
de los pinos altos.

De verde en verde y perpendicular al sol alto  
va tu mensaje de vida, primavera,  
desplegado en un crecer  
ansioso de más y más y más.

Nosotros, sin embargo,  
a quienes el crecer es sólo parte,  
cómo nos rebasamos de ti, de tu vitalidad,  
enmarcados en nuestra humana limitación,  
queremos darla, entregarla, y liberarnos de ella  
en juegos de amor que nos desgasten quizás,  
en palabras expresivas  
y carreras locas al viento en frente.

Y al atardecer un dormir y revertir  
y dejarse ir en olas de aire dulce y tierno  
hacia un amanecer de agua y frescor -  
hacia un día tuyo, fuerte de nuevo,  
claro y alegre.

Boldo,  
en la dulce transparencia  
de mi respirar,  
oscuro y duro.

Y a mitad de inicio  
este bajarme emocionado  
a un agua de gratitud  
que me inunda y excede.

## Poemas en Verano

Estuve serio  
frente al espacio que habita mi alma  
y miré sin anhelo ni recuerdo  
un lento moverse que evolucionaba  
hacia un estarse quedo;  
serio y descansado en mi respiración cíclica;  
serio y abierto como la luz sobre la llanura  
en un mediodía caluroso y entero.

Más tarde  
un sentir se irradió desde mi intimidad  
y lo abarcó todo:

perseverancia,  
regalada al espacio  
como jazmín al aire.

A veces se te hace grande el verano caluroso  
cuando se detiene el mediodía  
y nada se mueve, nada avanza, nada vuela.

El valle está transparente de luz y pureza  
y de las montañas  
se desprenden infinitos detalles.

También tu corazón se te hace grande en veces  
y apenas lo abarcas en su solitaria amplitud  
de espacio y tiempo.

---

Una mano bendita se posa sobre la tuya  
y te acerca horizonte y alma  
a la realidad de tu piel.

El verano  
transforma  
el recibir  
en dar.

Que no se me esconda  
en la dulzura de la uva  
la seriedad de tu fluir,  
    vida amada,  
sino al entendimiento  
se me abra ahí más aún  
la amplitud de tu criterio.

Lo que de joven anhelé respirar, sentir, ver,  
toda la felicidad de una hermandad  
que se apoya y sostiene en gestos  
de cariñosa libertad -

eso que siendo padre vi destruirse  
bajo las botas de una ceguera imbécil -

lo que era borrado por quienes  
lo que más supieron sentir fue  
desconfianza, prepotencia y avaricia -

lo que dejó de ser para siempre, por cierto,  
en un afuera errado, vengado en torturas reales,  
fusilado en personas que murieron,  
- no, no más lo pidas -

eso, en quienes podemos contarlo,  
verlo nacer hacia afuera, ¡hacia afuera!,  
como la gracia que ya no dividimos para mil bocas  
sino que va y nace de miles de ellas:

lo propio, lo madurado -  
indivisible, sereno y abierto.

Como un acorde  
amplio y bello  
va la plenitud  
del verano  
por los aires  
de la sangre.

A todo ir  
una resistencia serena y fuerte.

A todo madurar  
costras de no.

Y a veces el logro apresurado  
de impulsos osados al futuro:

todo va  
de adentro hacia afuera.

Mi perra,  
cuando la peino con la palma de la mano,  
    le acaricio su pelo brillante  
    contra el cuerpo flexible  
y nos encontramos con la mirada feliz,  
se suelta, corre y va y viene y me roza.

    Hay momentos que me alimentan  
    y acarician mi alma. Y yo, igual,  
    alta la cara en el devenir,  
siento mi piel feliz, conteniendo adentro  
    carreras de fuerza y salud.

Verano que vas, cuando yo muera,  
    ¿qué será del cariño,  
del aire y de la mirada veloz?

Es un viento de alma  
que va por praderas y valles  
y sube montañas  
y cae sobre estepas  
y recorre y comunica  
y une.

Es un aliento de paz  
que alcanza de mano en mano  
y alegra la luz  
de frentes serias  
y asombra oídos  
y contrae gargantas.

Es un actuar de fuerzas  
a distancias consonantes  
con acordes felices -  
es del entusiasmo la evidencia  
que se derrama inundando  
historia y presente.

Oscurece el cielo de verano  
y tu sangre se suelta  
al ir de una brisa exquisita.  
Olores vuelven a la conciencia  
y grillos anhelan pareja.

Y tú, toda la existencia  
vibrando en la piel liberada,  
cruzas ámbitos del alma  
asombrado y abierto.

La noche se posa  
sobre la tierra  
madura y feliz.

Va la sangre pulsada por tu corazón,  
corazón que se contrae y suelta  
en el ritmo más logrado que oído haya percibido -  
seguro y exitoso por encima de dificultad y duda -  
golpeando constancia y entusiasmo  
desde dentro del tambor hacia un afuera  
que se alegra, que se mueve, que se excita  
a este baile que eres de vida y gracia.

Es como un viento de felicidad  
que va por encima de la tierra,  
por encima de los álamos, de los sauces,  
del pasto verde oscuro.

Es un erguirse  
a todos los aromas del alma,  
a un ritmo melodioso,  
a un sonido de música.

Es un sentir algo muy sabido,  
algo que está  
y no se muestra mucho.

Es el verano bendito  
que te tiene transformando  
la seriedad en dulzura.

Es el vuelco hacia el dar, vida querida,  
a que tuerces mi dirección conocida,  
el dar enlagrimado por toda la felicidad  
que me has juntado en esta alma buscadora,  
es el dar que me brota  
de este llanto fuerte y sorprendido  
con que estrujas mi corazón, vida amada,  
dar ciego, dar sordo, dar infinito  
que se derrama en círculos  
que se abren desde el centro que ocupo -  
yo, instrumento de tu dulzura,  
camino de tu felicidad,  
ojo y voz de tu alegre fluidez -  
dar de ti, vida amada,  
con estas manos sanas, abiertas  
y llenas de ti.

Que ya no sea más un obstáculo  
a tu ir ancho y múltiple, vida maravillosa,  
no más un silencio en algún lugar  
de tu abierto y completo acorde -  
que mi inteligencia aprenda de ti  
y no más frene tu fluidez,  
que vaya mi alma y vuele como hoja  
que levantas, viento feliz,  
hacia un todo de acción y cambio:  
y yo, humano, te refleje con luz y sombra,  
alegría y entrega -  
con toda esa entrega que arrancas  
de piedra, animal y noche,  
y te sepa, te sueñe, te viva  
como tú a mí.

Lobo en las afueras, en la estepa,  
que merodeas en colina y tarde,  
tu cola suave y el olfato despierto.

Lobo saciando el hambre del alma  
cuando masticas un pato, un conejo  
o un pájaro que perdió.

Lobo que te sorprendes ante la hembra  
y eres tierno después y la cuidas.

Lobo:  
en tus ojos hermanos compartir  
un silencioso momento de confianza  
y soltarnos luego  
(antes que un otro instinto nos lleve  
a gestos de violencia y protección) -  
sabiendo  
que en tu sangre va de la misma,  
caliente y segura,  
y que en tu tiempo, igual,  
va lo abierto, lo claro, lo grande,  
como viento tibio del cielo.

Así,  
puesto entre la naturaleza  
herbívora y tierna de algún conejo  
y la intuición de fierzas sanguinarias  
que dan fuerza a colmillos relucientes,  
así,  
deambulando por valle, estepa y bosque,  
mi alma va, abierta y atenta,  
un soplo de tu incesante respirar,  
y percibe y hace y recolecta.

Y cuando duermo  
hay algo que se ordena y madura  
y me saluda al despertar  
como el frescor, la menta y la luz.

Pues entre los humanos ni la virtud  
que dicen compensa el espanto y la inmundicia  
es virtud, por cierto, o que la luz  
juegue con contrastes de verdad.  
Va el error como madero al fuego,  
de padre en niño, de madre en niña.  
Todo, de punta a cabo,  
ideas triunfantes asolando.  
Incendio de bosque  
que arrasas guarida, paso y huella,  
tormento estival en la ausencia de la lluvia,  
fuego en la cúspide del verano bendito:  
y van los niños, no saben,  
se queman las manitos y lloran.

Y tú, verano, que todo esto lo conoces  
con la distancia de otras paciencias,  
tú callas y dejas ser y te reúnes,  
sabiendo que ya cubrirás de verde  
el ennegrecido espanto,  
de pájaros el aire y de animales la sombra.  
Serás bendito para viento y vertiente -  
y tal vez, mañana, para quien  
te encuentre, vea, acepte y se entregue.

Verano es también  
el saber de este ir  
en que nos vemos,  
puestos así de adentro afuera  
en dos veces entrega,  
compartiendo el sentir generoso  
que nos lleva  
como agua las hojas.

Verano es  
todos nosotros.

Ven verano  
y pasa por encima de mi sangre  
como afuera lo haces  
sobre esta tierra tibia de ti.  
Calienta, ilumina y provoca  
maduración y cambio  
hasta la más profunda relación.

Veme dispuesto a ti  
como la tierra lo es.

Mi alma va abierta y atenta  
y nada proyecta en acalambrosos proyectos,  
sino deja que sean las cosas  
simples y bellas.  
Ve como deposito tus frutos  
sobre la fuente aquí  
y soy feliz.

Verano,  
que me transformes a ti  
y yo sea mensajero y espejo  
de tu bendita naturaleza,  
eso, verano, en estos días,  
deja que madure.

Entonces dejarse estar y ver.  
Ver la ternura de palomas inseparables,  
inseparables cuando el viento las empuja  
y se sueltan y no saben y quedan lejos  
y se reúnen.

Ver calor y luz concentrarse  
sobre un mar de espigas y riqueza,  
y el viento pasa por encima  
y apenas refresca.

Ver una encina desde su sombra generosa  
y admirarse de los miles de verde  
que se mueven junto a la brisa  
que trae los pájaros.

Ver en tu propia alma  
espacio y tiempo jugar al son  
de todo este viento estival  
y saber:

que es uno el verano  
que va por el universo  
y embriaga materia y vacío,  
vista y sangre,  
anhelo, señal y frente.

Ahora,  
en la cúspide del año  
y embuido de toda riqueza,  
pregunto por la fuerza de voluntad  
que conquistó todo esto,  
su nombre, su identidad,  
y hallo nada.

Pero en lo que hay  
se me da en intuir  
un fluir sin palabras,  
blando y manso como agua,  
un ir de aire -  
y en el saber,  
la entrega infinita  
al ciclo maravilloso.

Es la luna  
que emerge detrás de las montañas  
de roca y distancia  
y va hacia lo alto,  
hacia la mitad de la cóncava oscuridad.

Es la luz  
que juega en el valle  
y enseña figura y huella,  
y a tu lado dibuja  
la sombra de tu vida.

Es la noche  
que contiene grillo, calor y aroma,  
y tú dejas que el aire vaya  
en torno a sentir y piel,  
abiertos los ojos que los tienes  
que casi, casi te dicen búho.

Es la paz  
del verano.

Verano,  
en la seriedad de tu mediodía  
dejé de preguntar  
y te miré al semblante  
admirado y abierto.

La dulzura en la piel  
fue tu mensaje al atardecer,  
y dejé que vaya la sangre,  
obediente, seguro y feliz.

Y de noche, emocionado,  
me fui en llantos  
de agradecimiento y paz,  
casi no conteniendo ya  
mis propios pulmones.

Miro tu ir  
y comienzo a saberte.

La sombra de encinas y hayas  
se posa sobre la tierra  
como la fresca bendición  
del sol a la vida.

Verano,  
seriedad y dulzura  
en la cúspide de toda riqueza  
y hasta la profundidad más humana -

que esto sea, *¡que sea!*,  
y me involucre  
con este amarte emocionado y feliz -

qué ocurrencia tuya.

- página en blanco -

## Las Esculturas

μεταβάλλον αναπάυεται

transmutando reposa

Heráclito

Donde pongas tus manos,  
sobre piedra, esbozo y cincel,  
se acerquen a la silla  
o crucen el aire,  
mira como van  
inmersas en tu intimidad  
seria y cálida.

Y tu vista misma,  
nacida en el centro  
de tu paz quieta y generosa,  
más da que recibe.

A veces creo  
que aire y tarde  
son partes de ti,  
de tu concéntrico quehacer,  
y que tu martillo  
lleva el pulso  
de tu sangre.

Día a día  
volviste a la piedra  
y tu corazón  
buscó y golpeó en su contra  
la expresión de su fuerza.

De mañana en mañana  
ternura y vida  
despertaron perfiles  
del bloque inerte  
y convencieron aire  
y mediodía.

Y como quedan ahora  
sobre mesas y estantes  
las silenciosas figuras  
y hablan de ti -  
tú,  
tú vas respirando  
el ritmo y el alma  
de un nuevo quehacer.

Una vez te encontré  
la cara ladeada  
sobre brazos cruzados,  
el cuerpo entero  
apoyado sobre el inicio  
de una nueva escultura.

Llorabas tranquilamente.  
Las gotas te caían  
de la mejilla a la mano  
y resbalando  
mojaban la piedra.

Yo nunca supe.  
Giré silencioso  
en torno a tu presencia  
y dejé que sea.

Tal vez era música,  
dolor, dulzura -  
o una imagen querida.

Tu trabajo  
se desprende de tu vida  
como las pinojas del pino  
cuando el tiempo lo lleva  
a través de espacios del ser.

Queda de tu fluir  
el recuerdo inmóvil  
de la luz de tus ojos,  
cuando veías la figura  
soltarse del torrente  
vivo y generoso.

Y un poco más lejos  
está en todo lo verde  
de árbol y arbusto  
parte de ti, de tu respirar,  
cuando engolfas con tu corazón  
vida y mañana y suspiras -  
abiertas las manos  
y las esperanzas.

En las manos  
tú llevas  
los signos  
de este ir y venir.

En tu mirada  
reposada y abierta  
está la calidez  
de la existencia.

En tu andar  
flexible y seguro  
va el agrado  
por tu quehacer.

Escuchaba yo  
el golpe de tu martillo,  
la cantilena suave y pareja,  
esta cantinela tuya que más parece  
señal y atracción  
que labor y rutina,  
y me estuve pensando  
en tu corazón  
blando y alegre.

Quise saber  
lo que pasa entre mano y roca  
cuando tanteas un declive.

Quise saber  
lo que va por tus sueños  
cuando duermes profundo.

Quise saber  
si en todo se muestra igual  
tu convencida suavidad.

Hoy, en la madrugada, ingresé  
a tu taller semioscuro.  
Paredes y aire parecían  
doblemente silenciosos  
en su lento amanecer.

Cinzel y martillo  
daban la impresión  
de querer trabajar ya.

Una piedra grande y voluntariosa  
en su voluminosa pesantez  
aguardaba tu llegada,  
a ver si el aire  
llega luego a intimidades  
más livianas y graciosas  
de su dura esencia.

Y tú, ausente,  
estabas en todo  
como el pronto despertarse  
a las fuerzas  
de la creación.

Hay tardes  
- vacías de trabajo -  
en que tu mar se reúne  
y las olas no llegan.

Hay veces  
- sin mucha expresión -  
en que tu sangre va  
recogida y guardada.

Hay noches  
- sin luz de luna -  
en que no distingo  
el perfil de tus cosas.

A veces, cuando veo tus figuras,  
me sorprende  
que tú hayas mostrado intimidad  
donde todo lo habías abierto,  
fuerza donde más había aire  
y ternura en una arista de piedra.

Y en mí  
cuando quise entender la vida  
y sólo veía esta inmensa libertad  
entre todos los opuestos  
y anhelaba un recodo limitante,  
una guarida poca  
o un algo de apoyo.

---

Y tú trabajas,  
sin embargo,  
preguntando nada  
y dejando que  
las piedras digan.

Es en la penumbra  
cuando más me agrada  
visitar tu taller.

El aire en torno a las figuras  
habla de suficiencia y humildad -  
como el agua a veces  
cuando has tenido sed  
y respiras.

La poca luz  
mejor expresa la unión  
de textura y curva,  
y yo voy  
entre tus cosas  
y callo.

El aumentado silencio  
pulsas en el espacio  
como eco  
de la verdad.

Es cierto,  
me gusta lo que haces.  
Poco a poco  
me entusiasma  
más y más  
alguna querida piedra,  
perfecta que la has dejado  
cuando yo aún no sabía  
si ya estaba lista.  
Cómo son objeto, sólo objeto -  
pero también se evaden  
y son dirección  
y muestran más allá  
de sí.

Entonces lo que expresas  
- esta doble dimensión -  
queda en medio del corazón  
como la meta  
que te inicia.

Tu martillo,  
golpeando constancia  
contra la piedra convexa,  
va abriendo liviandad  
para vueltas benditas.

Así el silencio,  
enmarcando tus labios  
con aires de paciencia,  
va cultivando serenidad  
para los días de tu vida.

Y entonces comprender  
que todo lo haces  
por cariño  
y que no hay nada  
que le falte.

Que en tus cosas  
se expresa generosamente  
la vida humana,  
con contenido y ausencia,  
dirección y quietud.

Y de esto cerciorarme  
una vez más  
acariciando una piedra cualquiera  
como quien adora  
a un niño bien amado.

Te quise preguntar  
por tu descanso,  
así como te veo trabajar  
de cosa en cosa,  
tus cejas sueltas  
y en tus piernas el buen apoyo.  
Quise saber  
de la constancia  
que se derrama  
por encima del ritmo  
de tu quehacer,  
de la falta de voluntad,  
de la facilidad y la liviandad,  
de la ley que has descubierto  
y con la que anclas tu corazón  
en la profundidad de la vida.

Pero pienso  
que mejor no te molesto.

Aprovecho que no estás  
para adorar las figuras  
que has hecho.

Respiro profundo  
en torno a ellas  
y me dejo influenciar.

Cae tu limpieza  
como lluvia invernal  
sobre mi sangre receptiva.

Y me sobrecoge  
saber de tu soledad  
seria y fecunda.

Tú decías  
que en la piedra  
estaba el fluir  
de la existencia.

En la piedra  
que golpeas  
con el cincel  
de tu cariño.

En la piedra  
que flota en el aire  
que tú pones  
a su alrededor.

En la piedra  
puesta entre tus manos  
como agua  
entre los labios.

Quisiste reposar  
la vida  
en la cóncava  
superficie.

Quisiste la vida  
soltar  
desde una curva  
lograda.

Pero tal vez  
fue ella  
quien jugó  
contigo,

así como iba  
en torno a mesa  
y martillo -  
trabajando.

Te sorprendí  
mirando por la ventana  
con la serena felicidad  
de quien todo lo hace.

También en las piedras  
vi esa tarde  
la madura quietud  
de una vida que se expresa.

Al dormirme más tarde  
soñé tus cosas  
demarcando el camino  
hacia lo ancho.

Piedras, piedras  
que fuiste derramando  
en días de constancia  
y serena, escondida felicidad,  
cómo hiciste tanto aire  
en torno a ellas  
que ya la vista  
no las contiene.

Qué fuerza va  
de curva en curva,  
de superficie en arista,  
transformando,  
generando el presente  
que en nosotros decae,  
presente abierto y limpio  
y desplegado hacia el afuera  
que lo sostiene  
y lo agranda -  
qué es.

Tus manos fueron la lluvia  
que lavó el sobrante  
de las piedras,  
piedras traídas a tu deslucido taller,  
macizas y pesadas como llegaban -  
y ahora las vemos  
en la suave claridad  
que arrancaste de su dureza,  
honradas y livianas que están,  
transparentando los signos  
de tu alma generosa,  
los signos  
de tu naturaleza sana y amplia -

y me toma un sentir  
de algo profundo,  
algo muy de todos nosotros  
que se emite a través de ellas,  
desde esta tierra nuestra,  
desde esta superficie humana,  
hacia una otra profundidad  
que nos alberga y acoge.

Cuando me nace el felicitarte  
por todo cuanto haces  
me sorprende esto:  
que no eres tú  
quien expresa este fluir  
en contra de la dura piedra,  
que también tú eres expresión  
y con todo lo que haces;  
que la felicidad tuya  
es mutación y progreso  
para todos;  
que lo que en ti va  
es adelanto de lo nuestro;

y que no está bien  
el ir a ti y agradecer  
toda tu sabia claridad,  
sino el alegrarse de ella  
y de tu camino vivenciable.

Hay en tus piedras  
la luz  
de un saber  
en la sangre.

Hay frente a ellas  
una vertiente  
de claridad  
y frescura.

Hay en su dureza  
reflejos  
de tu equilibrio  
invisible.

Calladas y limpias  
están tus piedras ahí  
y se dejan estar  
en medio del aire.

Como un espejo  
claro y sin mancha  
colgado por delante  
de la pared.

Pero yo soy distinto  
y cuando las veo  
me reboto en ellas  
y me transformo.

Pasaron tus manos  
por estos pedazos  
de materia  
inerte.

Dejaron huellas  
de ritmo y gracia  
en lo que menos  
lo tenía.

Expresaron calidez  
humana  
y se alejaron  
humildes.

Es tu frente comprensiva  
la que veo  
en tanta lograda  
convexidad.

Son tus manos receptivas  
las que se muestran  
en estas sinuosidades  
benditas.

Y como tu mirada  
hay curvas que rebasan  
intimidad y fuerza  
hacia el espacio.

Este equilibrio tan tuyo  
de integración y felicidad  
quiero saber  
copiar.

Donde fuerza y liviandad  
se ceden lugar y existencia  
yo voy asombrado  
aprendiendo.

Cuando tus manos se separan  
de la piedra exquisita  
yo trato de unir  
la imagen.

Fluir, si no es fluir  
lo que vas expresando  
en tanta bella figura,  
qué es.

Desde el dejarte caer  
al sueño de la noche,  
el pasar profundo  
y el renacer a la luz.

El agua en la cara,  
el pan, la fruta,  
y más tarde  
el golpear la piedra.

Y cuando vas  
y te alejas en silencio  
quedan en el aire  
revuelos de tu ir.

El equilibrio que dominas  
sobre la cuerda que no veo,  
en qué vida lo aprendiste  
que ahora parece obvio.

La facilidad que habla por ti  
en cada logrado contorno  
parece más ley  
que grata excepción.

El arte en tus manos  
crece por encima de mí  
y parece casarse  
con la vida.

Yo, quien amo  
la belleza de pastos,  
el abrirse de una flor  
o el atento respirar  
de un animal -  
yo soy a quien  
tienes admirado  
frente a una de tus tantas  
esculpidas piedras.

Y no que niegue ahora  
las más cercanas evidencias  
de esta vida maravillosa  
que nos lleva y contiene,  
no -  
sino porque también va  
en lo que has hecho,  
va ella,  
plena de sí misma,  
desde que lograste  
salirte de en medio  
y dejarla ser  
compleja y limpia  
en su autosuficiencia  
ingenua y clara.

Son tus piedras  
expresión de cosas  
más allá de  
voluntad y valor.

Son la claridad  
a la que nace  
una visión  
madura.

Son la evidencia  
de un amar  
desprendido  
y feliz.

Son los frutos  
de  
la  
tierra.

Y comprender  
que lo que tú dices  
no es triunfo ni mérito,  
tus piedras indecibles,  
sino como tu porte  
o la forma de tu cara,  
un modo de la vida.

Y que lo mío  
tampoco es más  
cuando me ilumina la felicidad  
de haber captado más aún  
en la vivencia de una textura  
o en la sombra de una caída.

Pues tus piedras,  
tu andar  
o mi mirar  
son nada más que  
luces del torrente  
embriagador.

Es en algún lugar lejano  
donde aprendes los gestos  
que más tarde, aquí,  
llevas a formas y perfiles.

En ámbitos de asombro  
y de inquieta disposición  
conquistas la desprendida  
visión que te abre al entero.

Frente a la piedra, a la que ahora  
a nosotros asombra, sólo repites,  
y van tus manos generosas  
mostrando bien toda la limpieza.

Que sea verdad  
lo que dices  
con las piedras,  
qué va,

si también  
cautiva el cariño  
puesto en  
cada una,

la ternura  
impregnada en ellas,  
o la convicción generosa  
que te llevó a proseguir:

si en esto leemos  
la contraparte  
a toda verdad  
que tú dices.

¿Qué has hecho  
con mi mirar  
que ya no  
pregunta,

sino va en torno  
a cada superficie  
amante y  
feliz -

qué has hecho  
con toda mi vida  
desde esas piedras  
duras

que nace en mí  
un anhelo  
de expresarme  
también?

Y yo, ¿qué diría  
si supiese, como tú,  
tallar de un volumen  
un aire liviano

o de una dureza  
el saber  
de una sentida  
suavidad -

qué diría  
si va tu trabajo  
como lo único  
por mi sangre

y no me deja  
aun para respirar,  
muchas veces,  
espacio y tiempo?

Aquí me tienes  
acorralado con tu arte,  
con tu oficio,  
con tus piedras del vivir -

y quiero emerger  
del torrente tuyo  
y respirar  
aire de nada,

pero tu ejemplo  
y tu cariño arrastran  
como la vida y  
obedezco -

intuyendo que también tú  
alguna vez  
seguiste en silencio  
y ahora sabes.

En la noche  
hay silencio  
en torno  
a tus figuras.

El aire va  
lentamente  
conformándose  
su intimidad.

Si poso  
una mano  
sobre alguna  
superficie

me invade  
el saber  
de una gran  
armonía.

Tú,  
quien me enseñó  
de la vida  
el fluir,

elegiste  
piedras  
para  
expresarte -

tú,  
quien arrancas  
de la vida  
lo profundo,

complementas  
giros y curva  
con silencio  
y aire.

En las tardes  
el recogimiento  
me intensifica.

Veo tus piedras  
y sé penetrarlas  
con mi sentir.

Algo mío las recrea  
en lo invisible  
y me lleva.

Tú, cuando vengo,  
te diluyes empero  
de vuelta.

Tú,  
bendición de la sangre  
y de la estampa humana,  
tú no estás  
cuando quiero aprehenderte,  
a ver si me enseñas  
el inicio de todo  
lo que haces.

En la intimidad  
de tu sabiduría  
vas sonriente  
y no te encuentro.

Fluidez interminable  
desde la profundidad  
de la vida,

emergente  
en flor  
y escultura,

constancia querida  
de todo  
cambio.

- página en blanco -

## **En la Pradera**

Apacible la tarde  
me fui a unas varas  
y apoyándome en ellas  
te observé.

Una mirada apenas  
y seguiste pastando,  
contenido que estabas  
en tu ámbito sereno.

Me asombré viendo tu pelo negro,  
tu porte grande  
y la fuerza tranquila  
de tus altas caderas.

Quién soy, pregunté,  
si el pasto  
o el animal que come,  
cuando te veía mascar.

Quién es la naturaleza,  
cuando el aire cálido  
envuelve animal y comida,  
y yo soy, también.

Tu cola en giro  
y contra el flanco  
interrumpía a veces  
el peso de la tarde.

Fui a tus ojos tristes,  
intuyendo en ellos  
el contraste de toda  
tu viril estampa.

Blandos y lentos  
caían los párpados  
sobre el café terrenal  
de tus iris tranquilos.

Brillante y húmeda  
tu mirada cubría  
de nostalgia  
el pasto.

Comías tranquilo  
el agua del campo  
hecha pasto.

Dabas un paso  
y despertaba  
tu respirar.

La tarde se gastaba  
en contra  
de tu calma.

Acerqué la mano  
a tu espalda empinada  
y tú apenas  
te quisiste sorprender.

Apoyé la frente  
contra tu cuello terso  
y al levantar tu cabeza  
me moviste.

Crucé la otra mano  
y abrazado sentí tu sangre  
equilibrada  
entre asombro y paz.

Acariciando tu pelo  
me dio por olerte,  
y más me acerqué  
apoyando la cara.

Hermano,  
tú llevas la fuerza  
que se inicia  
en mi corazón.

Tu sangre  
salvaje y oscura  
es reflejo de la mía,  
de sus sueños profundos.

Y como estás parado así  
en el centro del mundo,  
llevas junto a mí  
la evidencia de la vida.

En la oscuridad de la noche  
y apenas discernible  
va tu fácil galope  
por campos de la vida.

Alguna joven fuerza  
presiona tu correr  
hacia motivos  
de flexible soltura.

A veces te adelantas  
y te pierdes en lo negro -  
entonces mi vista  
te busca y anhela.

No es mucho  
el conocer las relaciones,  
expresar números  
y vencer.

Pero  
ir de instante en instante  
con el corazón  
que se abre.

Pero  
sentir la fuerza  
y el fluir  
y no frenar.

Pero  
entregarse  
como tú  
y ser.

Anoche salí al jardín  
y te estuve espiando  
hacia los matorrales  
que circundan la casa.

Te habías alejado  
pero ahora estabas cerca  
y confiabas en los usos  
de mi vida.

Y en esta oscuridad  
me fui a intuir  
que ya nos queremos  
y somos amigos.

Primero fue una mano,  
un brazo, otra mano,  
unos cueros  
y un lazo suelto.

De cariño en cariño  
y mundos de paciencia  
para el tiempo que va.

Y ya apenas recuerdo  
todo esto  
así como voy ahora  
tranquilo y erguido  
viendo tus orejas convexas  
mostrando en la dirección  
del andar.

Iba tu galope  
con entusiasmo  
por encima del prado  
amplio y abierto.

Tu respirar  
de labios cerrados  
(respirar por debajo  
de la relajada presión  
con que mis rodillas  
te iban queriendo)  
marcaba el pulso  
de tu energía.

Y en el aire  
iba quedando  
la noticia  
de tu peso majestuoso.

Te solté a la penumbra  
de pasto, arbusto y bosque,  
y te fuiste con un trote  
apenas iniciado.

La noche alta  
comenzaba a ir  
por tu sangre  
adulta.

Yo me devolví  
a casa y costumbre -  
sabiendo afuera  
mi vida.

Tú me has domado  
a las leyes  
que te rigen  
y ahora soy sabio  
al conducirte.

Tú tienes de mí  
la dirección  
en el torrente  
de fuerza  
que va por tu sangre.

Y los dos  
si supieses  
cómo  
somos imagen  
de la vida.

Somos una imagen  
de la vida,  
querido tú,  
así como me llevas  
sobre tu espalda flexible.  
Somos armonía  
de contrarios  
cuando vamos  
de bosque en pradera  
y de vuelta a casa.

Somos un fruto  
de todo lo que fue  
y, abiertos hacia afuera,  
la semilla que todo  
lo contiene.

Tú y yo  
somos un silencio  
que se expresa.

Tu andar  
y mi mirarte  
son aspectos  
del profundo fluir.

Y unidos  
por mis piernas y tu espalda  
somos imagen y fuerza  
para un afuera  
que recibe y respeta.

Todo es obvio  
en tu sangre  
sin palabras.

Los errores  
que te cometo  
sólo te atrasan.

Mis esperanzas  
tú las adelantas  
con melancolía.

Y con tu entrega  
me invitas a  
entregarme.

Por esas cosas del vivir  
yo me acerqué  
a tu cara reposada  
y te vi tan serio  
que te soplé  
en la nariz:  
atrás las orejas  
y los dientes en enojo  
te viniste encima  
y yo caí de espaldas  
incrédulo y arrepentido.

Pero tu vista  
ya estaba tranquila  
cuando me erguí  
y el viento  
de algo grande  
retomaba su paso  
por el espacio de tu alma.

En la oscuridad de la noche  
te cruzaste en mi camino  
y te asustaste, tú, tú,  
en qué estabas,  
como si fuese yo  
a cuestionarte,  
yo, que me alegraba  
de verte,  
qué pasó.

Tu tranco apurado  
por encima de piedra y canal  
persiste ante mis ojos  
y tu huida se abre  
ante mí  
como un error irreparable.

En la soledad  
de la noche  
tu ausencia  
es un paso  
hacia el morir.

En la noche  
de la soledad  
la propia ausencia  
madura hacia su  
inhumana perfección.

Y tú,  
cuando pregunto,  
dónde estás,  
ahora, ahora,  
ahora.

Tu cara asoleada  
y casi llevada al sueño  
por la tierna tranquilidad  
que iba por tu sangre matinal  
nada parecía saber  
de susto, huida y ausencia  
con que yo aún me agitaba.

La ingenuidad de tu paz  
estaba en torno a ti  
como defensa, mensaje y convicción,  
y en el aire  
comencé a respirar  
la solemnidad de tu vivir.

No parece ir  
el peso verdadero  
con el significado  
que doy al fluir.

Sino donde tú estás  
y aprehendes la tarde  
con tu pastar calmo  
y sin palabras,

ahí y así,  
como gesto y señal, va  
concentrado el fluir  
significando hacia mí.

Cae  
la tarde  
sobre la soledad.

Despierto  
y atento  
tú eres anochecer.

Donde  
me pierdo  
y pregunto cosas

tú  
ya eres  
centro y dirección.

Más  
sabes por ti,  
tu sangre autónoma,  
que por toda  
visión.

Más  
te involucras afuera  
cuando dejo  
espacio  
para tu silencio.

Más  
avanzas  
si me acomodo  
al paso  
de tu andar.

Evidente en la paciencia  
y fácil en la fuerza  
va tu alma  
por la vida.

Y cuando yo me dibujo  
sobre tu trasfondo  
veo todo el malestar  
de mis usos humanos.

Al dormir hoy  
quiero abrirme  
al ejemplo tuyo  
y dejarme ser.

En tu reposada sangre  
espejar mi bulliciosa superficie  
y dejar que en tu ámbito  
se sosiegue mi mirar.

Apoyarme en tu comer  
tranquilo y constante,  
a ver si en mí  
hay algo que se apoye.

Y si tú alguna vez dependes  
de mi mano humana  
dar de lo mío  
sin que tú lo notes.

Quiero encontrarme de frente  
con tu alma esquivada  
y dejar que nuestras vistas  
se crucen y mantengan,

pero siempre ganas tú  
y yo voy en tu andar  
obediente y humilde  
tras la sabia decisión.

Pues en los reflejos recién  
te puedes tropezar  
y tú no quieres soltar  
a quien llevas en tu espalda.

Un día la vida  
te la cruzó por delante,  
la yegua grácil y bella,  
y tú fuiste olfato,  
tú fuiste ojos,  
tú fuiste oídos,  
la carrera  
y te sobrevino  
sangre y fuego  
y mordiste de nervios  
en la espalda loca  
y fuiste volcán  
que explota  
desde la tierra  
hasta el cielo  
incrédulo de miedo  
y ella corría  
y tú corrías  
y de nuevo saltaste  
y de nuevo  
y de nuevo  
saltaste hacia la tarde tuya,  
quién sabe,  
si de ella,  
si de ti,  
en la pradera  
de aire y aire  
y más aire.

Hiciste luna de miel  
en los días que siguieron  
y apoyaste tu cabeza  
en contra de su cuerpo,  
de su cuello, de su cara.

Pasaron las horas de quietud  
por encima del aire emparejado  
y tu fuerza se cubrió  
de ternura y viento  
y ella agradecía tu presencia.

Hasta que la luna  
le cambió el gusto  
de su vida de miel  
y ya molestabas casi  
y fuiste alejando tus pasos  
de su alterada soledad.

Luz y viento  
alcanzaban tu cuello  
esbelto y estirado  
mientras pastabas.

Tu cola suelta al aire  
ondulaba libre y graciosa  
como en recuerdo  
de la hembra,

esa siempre bella  
y que de sí te daba  
para que tú también  
lo seas, a veces.

Algún día dibujar  
tu porte alto y oscuro,  
tu viril estampa  
de perfiles delicados,  
tu vista cálida  
y la fortaleza  
de tu silencio,  
sabiendo en mis manos,  
en el carbón que te traza,  
en el corazón, íntimamente,  
la serenidad inagotable  
de tu bello andar.

Quién sabe  
si en el torrente  
de fuerza y percepción  
que contiene tu sangre  
van los sentimientos  
emergiendo a tu conciencia  
como gruesas expresiones  
de hambre o paz -  
si se yerguen suficientes  
hacia su acabada posibilidad -  
o si al ascender  
anhelan despliegues más sutiles,  
ligerezas graciosas en dirección  
a la fineza del corazón -  
si a veces  
cuando te miras  
tus transformadas manos  
cae envidia  
sobre tu corazón cándido  
y ves cerrado un camino:  
ése que yo por ti  
quiero andar  
de bien en mejor -  
a ver si compenso  
la fuerza de tu pena  
con la elegancia  
de tus anhelos.

Pero yo,  
cuando voy  
en dirección a ti,  
a tu vivir  
sin palabras  
y tus tardes sin música:  
cómo me sorprende  
y te admiro  
y te quiero.

Llevar el olor  
de tu piel  
para siempre  
en mis narices.

Saber  
en mi dirección  
el sonido  
de tus pasos.

Y tu relinchar  
en medio  
de la noche  
sea en mí

la constancia  
de un vivir  
que vibra  
y fluye.

Cuando dirijo tus pasos  
lo que hago  
es aceptar  
lo que tú haces.

Cuando sé mis cosas  
es porque voy atento  
a los signos  
de tu sangre.

Cuando respiro el viento  
que tú me regalas  
tú galopas feliz  
y me cuidas.

En la pradera  
de la vida  
vamos transformando  
diferencia en complemento.

En la noche  
del alma  
tú me enseñas  
el aceptarme.

De día  
te soy útil  
con agua  
y herradura.

Y cuando muramos  
irán también las aguas  
satisfechas  
de sí mismas.

La distancia  
que tú recorres  
es el lugar  
de mi vida.

La fuerza  
que tú eres  
me despliega  
a lo posible.

El olor  
de tu piel  
me tiene  
en el presente.

Es probable  
que ningún animal  
en la tierra  
tenga una frente  
tan bella como tú,  
prolongada hacia abajo  
en la línea elegante  
que recoges en nariz y labio,  
suavemente,  
como dulzura y claridad,  
para devolverla  
por detrás de tus fuertes maxilas  
a la vivacidad  
de tus orejas  
vigilantes y sanas,  
un mechón adorable  
y de nuevo contiene  
todo el silencio  
en torno a tus ojos  
enlgrimados.

Cuando galopas  
fuerte y veloz  
y me acuerdo  
de tu cara allí adelante  
quiero bajarme  
y llorar  
la belleza y la vida  
junto a una piedra  
cualquiera.

Tus labios blandos  
me hablan de la paciencia  
que va en arbusto y árbol  
y en los signos del año.

En ellos también luce  
la despierta tolerancia  
con que tú entrelazas  
la sangre y la experiencia.

Y cuando te largas gustoso  
a carreras irrefrenables  
yo sé que todo en ti  
va tranquilo y seguro.

Que antes  
no quise conocerte  
y te tuve perdido,  
pero a mí más,

que no haya intuido  
mi desequilibrio pedestre,  
que no me haya muerto  
en mi cabeza ausente:

esto volver a vivirlo  
cada vez que te peino,  
esto sentir como el error  
cuando te suelto a la noche,

esto tener por contrapeso  
de toda la incontable riqueza  
que brota desde los aires  
de nuestra feliz pradera.

De gesto en gesto  
y de amistad en amistad  
hemos trotado y saltado  
y compartido silencios largos.

Bien nos conocemos,  
pero más y distinto,  
a los dos nos viene  
emparejada la intuición.

Y así es que cuando frenamos  
sin nada estar viendo aún,  
tú ya sabes curva y camino  
a que doblaré tu cabeza.

Hoy soñé  
que tú la volvías a ver,  
café colorina, esbelta,  
y que tú corrías hacia ella.

Que ella te esperaba  
con sus crines y su cola  
ondulantes y suaves  
en el viento de primavera.

Que corrían juntos  
hacia algún lugar  
de agua y aire  
y libre intimidad.

Entonces yo suspiraba  
y preguntaba en mi sangre  
por qué yo soñaba  
esta ajena felicidad.

En la tarde  
yo lloraba  
por alguna pena  
de la piel.

Tú estabas cerca  
con tu porte alto  
y tu pelo brillaba  
de salud.

Esta tu claridad  
se unió a la del agua  
y yo apenas distinguía  
esa luz de mi tristeza.

Montaña y campo,  
camino y río  
en las horas  
del andar.

Tu silencio obediente  
se va uniendo  
al que yo siento  
cabalgando.

Y cuando bajo  
de tu espalda  
tú me ves  
como tuyo.

Aire,  
agua  
y pasto.

Fuerza,  
paz  
y unión.

Clara  
se abre  
la tarde.

Siento tu ondulante galope  
como el ritmo tranquilo  
de una fuerza dispuesta  
a un correr eterno  
por encima de los pastos  
de ladera y valle,  
como el alcanzar la libertad  
con tus piernas estiradas  
hacia un adelante exquisito,  
hacia una atracción  
que tiritita entre paciencia y ganas,  
hacia toda la superficie  
allí adelante  
que te vas comiendo  
con tus olas de seguridad  
y flexible desarrollo,  
bello tú  
en el viento de la vida,  
galopando, galopando,  
constante y feliz.

Animal querido  
hacia la oscuridad  
de la pradera nocturna,  
bendiciéndote como voy  
soy yo el beneficiado  
con toda bendición:  
con el aire  
que brilla en torno  
a tu solitario porte,  
con la tierra  
que cede olorosa  
a tu pie seguro,  
con el silencio  
en que se contiene  
tu sangre perfecta -

te miro  
y te adoro,  
y tú, tú vas  
desde tu cerrada intimidad  
en un despliegue de fuerza  
abriendo este presente  
para un futuro  
de quién sabe quién.

Y yo,  
yo apenas soy  
quien te observa,  
quien deja  
que tú seas  
y protege tu ámbito.

Quien aleja  
afán y comparación  
de tu pasto limpio,  
quien te guarda  
de conveniencia y prevención  
y deja que vaya  
tu intención  
apoyada atrás  
y nada tire de ella:

y tú termines  
lo que siempre  
se inicia.

La mañana olía  
a hierbas  
y hojas caídas  
y la tierra respiraba  
la pureza  
del inicio.

Me acerqué  
a tu cara ingenua  
y miré  
en tus ojos  
la calidez de tu sangre,  
la transparencia de tu hacer  
y la nostalgia eterna.

Y apoyado después  
contra un árbol  
vi mi vida  
desenvolverse  
sobre el pasto  
y las hojas.

## **Acorde**

Insisto  
- como tú -  
que no es lo mismo  
el sufrir que el sufrir.

Dando tú  
al silencio  
estos golpes  
distanciados

vibra  
en mí  
asombro  
y calidez

y los párpados  
bajan a cubrir  
el centro  
del ser.

Tañe  
la dulzura  
con tiempos  
de claridad  
sobre mi vida  
entregada.

Tibia  
de gratitud  
se acomoda  
mi piel  
en lo profundo  
del mundo.

Van  
tus acordes  
dando  
y dando  
verdad  
al espacio.

Desde  
la profundidad del silencio  
esta expresión  
de armonía.

Desde  
la posibilidad del no ser  
esta entrega  
de vida.

Desde  
la validez del momento  
este recogimiento  
de veras.

Vibro  
entre no saber y anhelo  
y la dulzura de alguna respuesta.  
Es mi gama humana,  
la frecuencia en que resuena  
la madera de mi alma.

Pero tu música inunda diferencias,  
enfrenta anhelo y dulzura  
como si fuesen la misma cosa  
y no se detiene.  
Y yo, cuando ahora te escucho,  
me inicio en tu ampliado acorde.

Sufrir  
es una forma  
del fluir.

El goce  
de fuerzas  
oscuras.

La transparencia  
en la vía  
a lo posible.

La claridad  
del tono  
profundo.

Soy el momento  
en que resuena  
tu música.

Soy la madera  
que rebota  
tu verdad.

Soy la sala  
que vibra  
de ti.

Pero dime,  
a ti, a ti,  
qué es a ti  
la música de tus manos  
cuando van así  
y emerge de ti  
la expresión  
de tu quehacer  
íntimo.

Qué sientes tú  
cuando tu alma  
se derrama  
por encima de ti,  
de tus manos,  
y llena la pieza  
y me ahoga  
la verdad  
y me ahoga  
la dulzura  
y tú sigues  
y tú sigues -

a ti,  
a tu corazón blando,  
a tu corazón abierto,  
dime,  
a ti -

En tu música  
fluye el sufrir  
con las manos

como el aire  
con las palabras

cuando cantas  
la vida.

Tu ayer,  
cuando sufría  
el mal ajeno  
y no quería lidiar,  
no quería,  
para aumento,  
responder  
con tu presencia,

pero ahora,  
entrelazado con tus manos,  
con las cuerdas,  
vibra y dice.

Antes de ser flor  
no sabe el botón  
lo sucio de nuestro aire  
y se abre y es.

Tampoco tú  
cuando te expresas  
con tus pequeñas manos  
arriba del teclado

y no mides el afuera  
que desplazas  
con tu música  
abierta y limpia.

Es tu música  
como el alma de un niño  
cuando ella se abre  
al cielo del atardecer  
y la temperatura  
es seria y transparente  
y el aire  
parte de la piel:

y yo no sé  
qué será de mí  
cuando  
guardes silencio.

Hoy, qué pasa,  
que retumba  
el bosque de mi alma  
con los golpes  
de tu ritmo desconocido,  
y tu silbido  
cruza mi pensar  
como línea  
de una letra  
que no abarco.

Atrasado  
aguardo  
en la penumbra  
de la distancia.

Como cambio de clima  
va tu mensaje  
por el espacio.

Algo,  
hoja o agua,  
tiembla.

Fluye la música  
de tus manos  
pero a veces  
anudas el canto  
y es silencio.

Yo me despierto  
al entero,  
a la esfera  
que tú muestras  
y me sorprendo.

Pero tampoco  
es eso, sino  
de vuelta tu belleza  
sigue y sigue  
y va.

Y comprender  
que por más que erremos  
todo es  
limpio y dulce.

Que no logramos  
sobreponer  
el ruido  
para siempre.

Que se sale  
por todas partes  
el gusto a sano,  
el tono bendito.

No vas tú  
tras ella,  
sino es la música  
que te busca  
y en ti se expresa.

No construyes tú  
el fluir  
de su genial congruencia  
sino sólo  
tú te abres.

Y tal vez no es ella,  
sino la madera  
en la que resuena,  
la que sabe,  
la que hace.

Es el universo  
que se refleja  
transparente y profundo  
en el fondo  
de tu alma.

Su constancia eterna  
ante la que juegan  
las coincidencias  
de tu vista  
feliz.

Y tú,  
dejándote ir,  
apenas estás  
donde yo te  
percibo.

En la inmensidad,  
en la amplitud,  
es tu música  
una estampa humana  
que se irradia  
dadivosa y madura  
hacia las lejanías  
del sentir.

A veces me sorprendo  
y pienso en vértigo,  
pero en la generosidad  
de tu interpretación  
- inacabable, inacabable -  
aseguro mi ser.

Mas tú,  
al otro lado de ti,  
lo tuyo,  
¿qué es?

Sufrir  
es como el agua.

Como  
tu música.

O como  
el aire que respiro.

Yo sé muy poco  
de mí,  
muy poco  
de tu música.

Pero no es mucho  
lo que uso  
cuando voy  
de día en día.

Es aire y agua  
y algo de tu música  
- que sé muy poco -  
para crecer y vivir.

Recogido y serio  
me acerco al silencio  
que enmarca  
tu preciosa partitura.

Mis manos abren,  
mis ojos leen -  
en tu misma letra  
veo tu hallazgo tesoro.

Y es tan verdad  
toda esta íntima profundidad  
que mi garganta se cierra,  
mis ojos ya no ven,

y deambula mi alma  
buscando el orden  
que tú muestras como  
de pentagrama en pentagrama.

Ciclos  
en cascadas  
lentas y limpias.

Aire  
transformado a calor  
en mi piel.

Giros  
maravillosos  
ya desaparecidos.

Va con tal intimidad  
tu música transparente,  
tu música con gusto a agua,  
que recuerdo al escultor  
cuando al final no desprendió  
su figura del mármol  
y así ahora la vemos,  
a mitad de camino  
y más real:

y yo no sé qué más amar,  
si tu música  
o  
tu intimidad.

El universo  
se guarda en ti  
como la luz  
en una gota.

La verdad  
está en tus sonidos  
como el cariño  
en tus manos.

La armonía  
se cobija en tus bajos  
como niño  
en tus brazos.

Apoyando mi frente cansada  
sobre la madera  
descubrí el dolor  
del universo.

La humildad de tus manos  
se llamaba amargura  
al otro lado  
de las cuerdas.

Yo sé poco  
pero que junto a tu dulzura  
gemía el mundo,  
gemía.

Yo crezco  
bajo la lluvia  
de tu música.

Hacia tus silencios  
asciende  
mi savia osada.

Y en tu alegría  
veré maduros  
mis frutos.

Dejaste partitura y lápiz  
sobre el mantel bordado  
y fuiste al aire afuera.

Abierta y celeste  
decía adiós la tarde  
a los cerros distantes.

Tu cara jugó  
con brisa, hojas y ruido  
y, atenta, sonrió.

Pero adentro, sobre el mantel, quedaban  
dispuestos nostalgia y sufrimiento  
como señas de tu andar.

No elegimos  
la verdad de la sangre  
cuando recorre  
los espacios  
de la existencia.

Pero abiertos  
vamos al encuentro  
y somos sidos  
por los tonos  
del alma.

Como la ola  
cuando no sabe de playa  
pero siente el levantarse  
y, doblada por encima de sí,  
se derrama hacia adelante,  
ingenua y poderosa -  
así te veo  
encorvando tu espalda  
por encima de las cuerdas,  
decididas suerte y fuerza  
hacia el sufrir,  
y cae y explota  
tu música de la vida,  
cae y retoma y cae  
y danza por encima  
de agua y roca -

y yo,  
yo apenas engolfo  
la grandeza que muestras,  
yo apenas percibo  
el silencio que creas,  
yo apenas, apenas sé  
toda tu voluminosa honradez  
allí arriba del teclado.

No importa.

Mi verdad es ir  
tras los frutos  
de tu osadía.

Aprender  
lo que sea capaz.  
El silencio  
y la distancia.

Y tal vez  
un día  
logre también yo  
expresar  
algún sentir  
cuando a una piedra  
dé con un palo  
y emane  
un decir.

Tu música  
antecede  
mi vivir  
y la sangre me pulsa  
con los golpes  
de tu ir.

Tu sufrir  
y tu inocencia  
se confunden  
en el silencio  
que mi alma respira  
como aire.

Porque somos humanos,  
porque también tú,  
al expresarte,  
vas con tu sangre cálida,  
es que se nos van  
costumbre y error  
entremezclando  
con melodía y ritmo,  
con soledad y verdad,  
y resulta lo dulce,  
eso de niño  
que cobijamos  
con mirada y anhelo  
y aquí en la garganta  
nos aprieta  
sin querer.

Para mí es fácil aquí,  
sumergido en tu torrente sonoro,  
decir percibo,  
decir soy una oreja,  
soy cóncavo,  
y captar  
lo que tú traduces  
a nuestro lenguaje  
de ritmo y armonía.

Pero tú, quién eres tú,  
percibiendo la vida  
como vas, así  
entre lo no traducido  
y lo no traducible,  
y traduces para nosotros,  
tú, dime,  
¿qué transparente concavidad  
realiza tu alma,  
que recibes verdad y silencio  
como luz sobre la cara?,  
¿qué, más tarde, mueve  
tus manos sueltas y sabias?,  
¿qué, de noche,  
te despierta del sueño  
y señala tu ir?

Y aquí estoy  
bajo el manto de tu claridad,  
blando y entregado,  
siguiéndote  
de felicidad en felicidad,  
de hogar en hogar,  
dulzura tras dulzura,  
y mi corazón suspira  
y respira y respira -  
y tú continúas mostrando,  
de melodía en melodía,  
de resonancia en resonancia,  
la fuerza  
que sostiene todo esto,  
la fuerza que lo dona,  
fuerza que no veo  
desde mi feliz incapacidad,  
tú, mostrando, volviendo,  
jugando,  
que yo escuche.

El orden que muestras  
de consonancia en consonancia  
es como el ir del corazón  
sobre los valles del alma.

Belleza y experiencia  
se entremezclan en la estampa  
de tu lenguaje afinado  
y vibran más aún cuando callas.

A mí, que conozco  
de vertientes, montañas y sombras  
me estremece la transparencia  
de tu sufrido paisaje.

Qué sería triunfo  
en la profundidad de la vida,  
qué, cuando me hincó  
y percibo el torrente de noticia,  
el flujo inacabable de mensaje,  
y no hay en mí  
nada que pueda contener,  
que pueda guardar  
figura y flujo  
- ah, si sólo las figuras -  
qué sería triunfo  
cuando entonces mis labios  
van serios y apretados  
y la vista brillante,  
qué lo sería  
sino la experiencia  
y saber:  
que es así.

Tus disonancias  
me enseñan  
la amplitud  
de la belleza.

Tus acordes  
repiten  
el gusto  
de la vida.

Tu fluidez  
me abre  
a la música  
de la libertad.

Acorde  
con la fluidez de la vida  
va tu música por el tiempo,  
jugando en la libertad  
de su comprometida resonancia,  
acorde,  
acorde íntimamente,  
que cuando silencies  
- más tarde -  
vibre la nada  
con este  
tu recogido entusiasmo.

Claro, es extraño -  
como la pérdida, como la pena,  
sufrir el encanto y la ternura,  
sufrir la alegría,  
y bajo lágrimas, la gratitud,  
esa grandiosa  
que irrumpe del detalle  
y te inunda,  
te sumerge  
en su mar de sal y luz,  
levantar la vista  
y sufrirla,  
de frente y entero -

sufrir verdad y valle,  
el aire infinito  
y, hacia el año,  
el ciclo increíble -

sufrir profundidad y movimiento  
y la liviandad  
de gesto y sonrisa -

entonces ir a tu piano  
y sentir  
tu música -  
claro, claro.

Tu sabiduría  
es el silencio  
que contiene  
la música  
de tus manos.

Tu expresión  
es la fuerza  
que vence  
costras  
de desorden.

Tu gracia  
es el fluir  
que despiertas  
de tono  
en tono.

Desolación y pérdida  
son en tus manos  
la congruencia final  
de todo decir.

Y cuando sufres  
el sufrir  
parece dulzura  
en tu decidida transparencia.

El orden  
en tu música  
me dobla las rodillas  
viendo que tus giros  
nada descuidan.

Como una enorme gracia  
se despliega  
el decir de las cuerdas,  
y se inicia en mí  
la forma de tu sentir.

Tú sin embargo,  
que vas escuchando  
hacia adentro,  
ordenas tu sangre  
con la nueva cadencia.

En la calidez  
y la oscuridad  
de tu sangre animal  
va tu alma  
deambulando,  
devota y amante.

Se despierta  
hacia la claridad  
de un encuentro  
fresca y feliz  
y recoge  
y reúne.

Cuando me acerco  
y escucho  
el jugar de tus manos  
siento que tú ya  
vuelves de nuevo  
sobre oscuridad y calidez.

Qué va,  
me desconciertas a veces  
y no te sigo,  
lento aprendiz yo  
de tu osada sangre,  
tu tiempo  
casi es error  
a mi apremiado oído.

Quisiera romper  
tus benditos giros  
y llevarme tres, dos,  
o tal vez medio compás  
a lo íntimo de mi vida  
y cruzar el año  
madurando felicidad y pena  
junto a tu verdad.

Y no que tu tiempo  
vaya apurado  
junto al de los relojes  
- medida sobre medida -  
sino las pocas anotaciones  
con que recordaste el flujo  
son para mí, ah,  
flujo,  
flujo y vida,  
el torrente de osadía  
que me intenta.

Desde la oscuridad del mundo  
elevas tus giros maravillosos,  
tus superficies de color y luz  
que aquí en mi corazón  
ascienden  
como volúmenes de brillantez  
por encima de mi conciencia  
asombrada y feliz.

Gracia y facilidad  
que desdoblas como magia  
frente a mi percibir ingenuo,  
nostalgia y sufrimiento  
abiertos y transparentes  
como gusto de hierba o fruta,  
tuyo, todo esto es tuyo,  
tuyo como senda y permiso.

No sé quién soy  
ni si algo valgo,  
pero en tu música  
crezco y me abro  
como árbol  
en el aire  
de noviembre.

Hacia la profundidad  
de la vida  
y hacia la claridad  
del inicio  
va mi oído  
siguiéndote  
entregado y despierto.

Y tú, tal vez,  
quién eres -  
ahí con tus manos  
llenas de trabajo,  
tú, modelando el aire  
con plenitudes y flujos,  
o, a veces, cascadas de silencio.

Si quién dijo  
que la gracia se inventa  
o que es mentira  
en un mundo  
de hombres y mujeres.

Quién, al ver agua,  
prefiere sustitutos,  
o, respirando,  
aires sin mar  
o aroma de lluvia.

Sino como dulzura  
o movimiento  
va ella por los sueños  
y nos expone  
al sentido opuesto.

Me tienes  
movido y despierto  
con tu decir indecible,  
con tu canto emergente  
de entre tus manos dichosas  
sobre el piano del mundo.

A veces parece  
que afuera te acompañasen  
bosque y viento  
y se mezclasen  
profundidad y melancolía  
con el fluir de las aguas.

Atrapado en la gama  
de mi frecuencia humana  
resueno  
en lágrimas de felicidad,  
y escuchándote,  
oyendo tu mensaje  
de verdad y calidez  
me pregunto:  
tú,  
tú,  
si eres feliz.

Tú jamás preguntas.  
Vas, eres y muestras.  
Arroyos de claridad  
que derramas  
desde tus sentidas montañas  
sobre el valle mío,  
fluidez sonante  
sobre mi oído receptivo,  
generosidad inagotable  
desde la profundidad  
de tu secreto musical:

vas y eres  
y no cuestionas.

Amaste  
silencio y oscuridad  
y ahora eres  
música y vida.

Adoraste  
humildad y pobreza  
y ahora eres  
alegre y vivaz.

Y tus manos,  
enseñadas y ágiles,  
ahora te expresan  
en profundidad y altura.

Eres un valle  
abierto al aire de la vida  
y nada en ti se frena.

Y el viento que devuelves  
cuando cae la tarde  
apenas se frena en las cuerdas.

Silencio y distancia  
son marcas  
del alma.

Pues en la amargura  
tú tampoco  
bajas la vista  
o que caiga  
vergüenza o temor  
sobre tu pelo brillante.  
Sino abiertas al cielo  
van dificultad y pérdida  
cuando escribes  
partitura y vida,  
que no se escondan  
o evadan  
de la figura preciosa.

Amo las teclas  
de tu piano bendito,  
blancas y llenas  
que las veo  
y aún siento  
que tus manos  
van por encima  
desarrollando  
tus verdades  
del sufrir,  
tu veracidad inagotable  
en cascadas  
de ternura y nostalgia  
o a veces recogida  
en vueltas  
abiertas al silencio -  
teclas  
claras y simples  
como las veo  
que parecen  
hechas por ti.

Pues  
el sufrir este  
que nos intenta  
y osa  
en la otra dirección,  
este tuyo,  
va en mí  
como llorada esperanza  
y en tu música  
como verdad y entereza.



## Fragmentos

Und da umarmt sie ihn, weinend.

Y ahí ella lo abraza, llorando.

R.M.Rilke

- página en blanco -

## I

Es un paisaje. Una vista hermosa  
sobre el verde titilante de arbusto y árbol,  
sobre la distancia de colina y montaña,  
sobre el aire del valle.

A los animales, a los muchos,  
apenas les es dado  
tiritar  
entre nacimiento y muerte  
y, a veces, un volar calmado  
o un dormirse feliz sobre rama o hierba,  
a veces :  
- apenas -  
ágiles, rápidos,  
el bello juego del vivir.

Pero a nosotros, plegados doblez y doblez,  
se nos dio un más, un mucho más,  
un más disparado hacia un quizás aún,  
quizás que nos observa e intenta.

Así es como el movimiento cazable  
ya para muchos nos es gracia, constancia,  
estímulo para una otra área de la existencia  
- esta abierta y generosa -  
inicio y compañía en el devenir  
que hace y hace todo posible -  
este primer doblez que de a ratos nos pone  
como sujeto junto a la vida  
y por delante del verbo exquisito.

(Cómo no habría de caer - llorando, llorando -  
ese primero que sembró y ahora recoge,  
llenas las manos y el corazón embriagado.)

Tiritan y repiten lo heredado,  
luz fugaz de un flujo incontable,  
y, yéndose, son, apenas iniciados.

Pero nosotros. Nosotros.  
Los espacios infinitos. Los universos del sentir.  
Y es tan maravillosa  
esta desdoblada, gigante posibilidad,  
que a muchos asusta y entumece  
y no perciben más.

El borde humano entre torrente y piedra,  
el que no encuentran,  
y que a los otros nos dobla  
en asombro y entrega: *cómo* nos inicia.  
Este ir ancho y lento, íntimo, transparente,  
como tomados de la mano.

Es la confianza  
en el umbral saliente de un otro doblez,  
la confianza,  
novia fértil hacia la realización  
de las intuidas ya y sumadas herencias,  
herencias nuestras, nuestras también,  
novia osada, amada, bella.

Lo que en ellos es vista, luz, anhelo inmediato,  
obediencia a un hacer sin dudas,  
en nosotros es -

distancia, tolerancia, o de vuelta :  
paz, madurez.

Pues en los pliegues  
que desarrolla nuestra aventurada raza  
germina el ángulo maravilloso  
en que se abre mundo y experiencia.

Doblez en doblez perdemos afuera.  
Lo inmediato,  
esa añoranza en miles de cuentos,  
es de aquéllos sólo  
cuando van de urgencia en urgencia  
y no suspiran -  
eso perdido ahora en un antaño dudoso  
o hacia adelante en espejos y trucos.

Nosotros sin afuera.  
Despojados de esta relación, desnudos,  
alcanzamos apenas al aire  
en torno a piel y sentir :  
pues ya no hay afuera.

Afuera de afuera.

Somos la puerta del adentro,  
somos despertar, osadía y mañana,  
somos el inicio del otro universo,  
sus tímidas salidas,  
su intentada experiencia.

De doblez en doblez nace el orden,  
la armonía que se emite desde la paz,

desde nuestra paz,  
desde nuestra doble paz.

Y ahora son nuestros, nacidos de aquí,  
esos apurados, esos apenas esbozados,  
cruzando bosque, pradera o aire -  
y ya no están.

Y nosotros mismos  
ya casi del todo nacidos igual,  
de momento en momento, madurez en madurez,  
las manos cruzadas y blandas.

Valle, árbol, colina y distancia,  
transparentes en el campo visual  
de nuestro sentir,

paisaje bello a los ojos  
de este cálido intento -

pero más que paisaje,  
tierra, tierra - tierra verdad.

## II

A unos toma por el pecho la vida,  
a otros arranca corazón, oído o piel,  
violenta, hace y nos bota

- y los felices, agraciados,  
dime, los sobrevivientes,  
si no tiemblan -

grande y segura que va, sin cuestionar,  
muda, obedeciéndose, obedeciéndose a sí misma,  
a su probada, suficiente seguridad,  
así como jugó, antaño, de novedad en novedad:  
nos toma y arroja  
y en otros, los siguientes,  
nos repite, violenta y segura.

Es cierto, nos cansa.  
No puedes a diario perder  
el iniciado, confiado camino,  
y estar, de nuevo, alegre y despierto,  
perdiéndolo todo.  
Nos cansa, nos alejamos.  
De bien en bien. De idea en idea.  
Monumentos y altares,  
toda la arquitectura de héroes próximos,  
los regimientos de mentiras  
y - aniquilando - la salvación para siempre.

Nos dobla y exprime, nos tira arriba o se olvida  
y tú, ordena.  
Qué había afuera, qué te protege -  
un florero, un pasto, un animal tierno y solitario,

y de noche estrellas queridas en su lento ser,  
que veas todo de nuevo y lo percibas -  
en lágrimas, de convulsión en convulsión,  
restos humanos de su obstinado ir,  
generación en generación, vamos, somos, y ya.

Somos su expresión.

Pero más tarde, sobreviviendo:  
nosotros también, cómo queremos ser,  
cómo queremos expresar ahora lo nuestro,  
ir y marcar greda y costumbre,  
salir, permitir y decir.

Decirnos a nosotros, después de toda violencia,  
decir lo nuestro, ahora, desde aquí,  
si ya no perdimos verdad ni mentira.

Decir la pertenencia, sutil y transparente,  
cómo se evade al acercarnos a ella.  
Sus vueltas sorprendivas mitigando desolación y pena,  
despertando esperanza, o ahí, apenas presente -  
decirla, desde lo nuestro.

Decir lo útil, eso que va sin lo de afuera  
y nos realiza antes que sepamos.

Decir lo sabio.  
Lo no previsto pero que, tentando y atentos, hacemos.  
Cayendo, cayendo casi, como hoja del árbol,  
y nos sorprendemos, yacentes.

Y las lágrimas, cortas, cálidas, decirlas,  
de música en música, de sonrisa en sonrisa,

ahora ligeras, cuando nos toma el fluir  
de agua o viento y somos livianos:  
llorando, humanos, de vuelta.

Nuestras casas, cómo no querer mostrarlas :  
aquí vivimos, esto es lugar, partida,  
el hogar de nuestro corazón,  
la ventana al sol de la tarde,  
el jardín de hierbas,  
y esto, lo de los niños - mira.

Decir y confiar.

Un cariño humano,  
que también de nosotros  
se tiña un poco el universo,  
el interno,  
y afuera, el otro, si vale,  
también.

### III

Si pudiésemos, como los niños, traer nuestros regalos  
y ponerlos ahí sobre mesas y sillas  
para sorpresa de todos. Fuimos nosotros. Vean.  
Todo esto lo hicimos nosotros, sin ayuda.

De sorpresa en sorpresa irían,  
de admiración en admiración,  
y a veces se acercarían  
con cariño, con ternura.  
Sí.

No.  
Desde antes era error.  
Desde antaño, en la infancia,  
la dirección del bien, el sentido, el peso.  
Y después, también, fue error todo.  
Montañas de buena voluntad,  
montañas de abnegación, todo mal,  
la cordillera entera  
de al final ya ciega aplicación,  
para nada, mal, todo mal - .

De nuevo, si quieres, si puedes,  
si tienes tiempo.

Somos nosotros entonces  
quienes vamos de sorpresa en sorpresa,  
nosotros, al otro lado de nosotros mismos,  
sorprendidos, sorprendidos y mudos.

Amamos silencios. Vamos junto al aire.  
Retirados y quedos cruzamos una avenida  
o, anocheciendo, vemos hacia lo lejos.

O junto al mar  
dejamos ir las olas a la playa.

Sí. Somos nosotros,  
los niños incontables que hicimos todo mal.  
Ahora grandes.

Pero al fin  
caiga, se derrame, llueva tolerancia  
sobre nuestras cabezas descubiertas,  
caigan aguaceros de distancia, de frío,  
de libre, liberada voluntad  
sobre nuestros corazones aún palpitantes,  
vayan los vientos y vuelen todo lo aprendido,  
junten, desparramen, dejen ser las cosas  
vecinas nuevas a sí mismas,  
y muestren, vientos terribles,  
sobre el brillo de cantos y superficies,  
el iniciado, intuido asomo  
de la sonrisa juvenil.

Quién recupera, qué va.  
Pero hacia adelante, claro,  
todo el cóncavo futuro esperándonos,  
esperando que seamos, nosotros, nosotros,  
ahora, sin tiempo, sin relación,  
un poco nosotros.

Y viniese la creación entera  
a nuestra presencia

y pusiese sus dones sobre alguna cosa nuestra,  
que los veamos bien y no perdamos detalle.

Mira, una limpieza.

Sin envoltura,

apurada que la trajeron, que no falte.

Una limpieza del corazón, cristalina,  
como recodo de helechos y rocío.

Un estímulo.

Ahí brillante, atento, vivaz,

que interrumpas tu vida y lo enfrentes,

ingenuo, temblando.

Un cansancio, blando y pesado,

que descanses, cuando quieras, dulcemente.

Una inclinación, lenta, muy lenta,

dejándote llevar, apenas queriendo,

que más tarde todo sea.

Un despertar, mira, una carrera, un mover,

un mecer, un salto, un ver, cosas infinitas,

un oír, un oír maravilloso,

y te tomase - sorpresa en sorpresa -

la emoción, y amases tu vida,

así como se inicia:

quizás si tú mismo ahora la premiases

con algún don, uno de los tuyos,

de los ahora aprendidos, una alegría,

y se la mostrases, feliz,

el adulto a la niña.

## IV

Cantar,  
claro, cómo no querer, cómo no ansiar  
en este pecho pleno de madurez  
sostener el grito humano hacia las estrellas,  
mantener la vibración de la sangre  
en contra de los vientos,  
en contra del devenir y por encima,  
hacia adelante, del tiempo,  
como noticia que nosotros, acá,  
fuimos.

Cantar el andar seguro  
cuando vas a un encuentro y no lo sabes,  
seguro sobre las caderas,  
y se cimbra la tierra junto a la imagen flexible.

Cantar los anhelos  
cuando rompen el espacio del alma sufriente  
y eres una cuerda tensada a tu tono.

Cantar las dulzuras de la vida,  
las innumerables, las incontables,  
las dulzuras de la piel abarcando aire y sangre,  
en la garganta anudadas, blandas en mejilla y oído  
y hasta en la sal del llanto incontenible,  
dulces, dulces, dulces.

Cantarle al universo la noticia de nuestra tierra,  
de esta amplia y abierta, del agua, de los frutos,  
de la sangre animal que va en torno a laringe y pulmón,  
y de algo propio nuestro, de algún orgullo vital  
que nos impulsa con alegría

hacia nuevos giros del aprender exquisito,  
cantar ya sea una sola vez un solo grito  
desde lo profundo de la pelvis  
y mantener el tono ya sea sólo un momento:  
gritar - para siempre - tierra.

Pero perdimos la voz.  
De error en error,  
de vergüenza en vergüenza intimidamos la postura,  
la postura generosa que permitía el tono fácil,  
la postura del decir gracioso, del decir veraz.

Nos hemos condenado a la culpa, al mutismo,  
hemos encerrado corazón y libertad  
y ya apenas aspiramos bocanadas pocas de aire  
para nuestra sangre necesitada.

Tal vez no alcancemos, es cierto.  
Pero tardanza es parte sólo del entero.  
Recogidos y serios retomaremos la corriente lejana,  
la corriente casi perdida,  
allá, en los orígenes del vivir,  
como convalecientes,  
que tal vez se nos dé un vibrar aún,  
un susurro sentido,  
una M larga desde labios cerrados,  
una M que relate la cadencia  
de nuestro largo camino aquí,  
aquí sobre esta tierra nuestra.

## V

Somos una raza de extraños animales,  
así como vamos de peligro y violencia  
en fiereza y escape,  
oscuros,  
abandonando gruta o piedra,  
húmeda oscuridad, humo y sombra,  
oscuros,  
hacia un bosque de acecho,  
hacia un valle de sorpresa,  
astutos, sagaces,  
cada mano es hacha, combo, lazo,  
pero en los ojos va el sobrevivir.

Somos una raza de hombres oscuros,  
caídas las cejas, la cabeza, el cuello, caminando,  
inquietud, incertidumbre, silencio en los labios.

Queremos durar. Hacemos cosas y cosas  
que una, o todas, nos permitan durar.  
Nosotros, quienes haciendo perdemos el momento veraz.  
Anhelamos ganar. Cruzamos caminos  
y de noche, apartando a los niños, lo pensamos todo.  
Queremos aliviar, restituir, vivir.

O uno que se pierde  
y encuentra vertiente, atajo o verdad,  
y asombrado, dudando aún,  
se devuelve a decir.  
Un anciano - a veces - que perdona y sabe.  
Un niño que acierta y alguien lo observa  
y descubre herramienta, eje o emblema.

Pero en la garganta va el anhelo de paz,  
apretado, apenas permitido, ahogando triunfo y gloria,  
la gran nostalgia de esta oscura raza,  
el nudo en la tarde o temprano, amaneciendo:

que seamos la otra imagen,  
la hermanable, la sensible,  
junto a fieras, temblor o hermano,  
confiados, conformes, felices,  
y crucemos valle y tiempo en paz,  
nosotros,  
la oscura raza de hombros caídos.

## VI

O que sepamos amar la indiferencia,  
nos nazca quietud y equilibrio  
en el corazón aún agitado, aún lentamente llegando -  
nos inmovilice un desinterés,  
una plenitud autocontenida, un vacío -  
botado el cuerpo en un mar de aire satisfecho:

y veamos.

Porque más nos parece el logro conquistado,  
la tarea por resolver, el ir heroico  
al encuentro de acechanza, dificultad y astucia,  
el mostrar maestría y vigor  
como si fueran, de hecho, nuestros,  
más el cargar las espaldas con alguna verdad  
de fácil compraventa que nos destruya o redima  
- es ella, es ella, no yo -  
que aceptar una vida sin comercio, sin eje ni giro  
ni fuerza tampoco que a nosotros mengua.

Porque es fácil decirse soy víctima, no puedo,  
o que en las estrellas se consteló la razón  
de mi felicidad cuestionada.

O en las noches -  
cuando por dentro crece la nostalgia infinita,  
derrumba idea y pared y ya nos aplasta -  
decir me necesitan, voy,  
estoy por llegar, servir, salvar -  
cuando un mensaje es casi ya expresión  
volcar vista y acción a orden y costumbre  
y aceptar un destino de otros y nadie.

Más el ordenar un afuera, más y más urgente  
nos parece prevenir y controlar el derrumbe,  
el derrumbe inevitable, que, en serio, evitarlo  
para siempre.

Y cayese un velo de dulzura  
sobre esos ojos primeros  
que ahora son sentido, transporte y verdad,  
el logro por fin de una naturaleza insistente  
y sin medida de paciencia.

Fluyesen lágrimas felices sobre una cara triunfante  
y se mezclasen osadía y tolerancia  
frente a esta tarea resuelta  
casi como por suerte.

Nos afirmase paso tras paso,  
experiencia tras experiencia,  
el sabor de esta vida entregada,  
así como va de solución en solución  
y todo es.

Y nos dejemos confiar  
en la vuelta allá en el fondo,  
donde oscuridad e indiferencia  
se concentran a un naranja incipiente,  
brillante y vivaz,  
naranja que inicia, hacia acá,  
su camino de verdad.

## VII

Traje unas piedras de la montaña  
y aquí en el jardín quedaron bajo sombra y lluvia.  
Una entré, mojada y fría,  
y pesándola en mi mano vi mi vida reflejarse  
desde su superficie brillante, dura y llena de aristas.

Mi vida blanda, carnosa,  
etérea casi entre contenido y error,  
así como va al lado de la muda maduración  
que nos avanza hacia edad y fin.

Rugosa e hiriente se sentía en la palma izquierda,  
en los dedos que avanzaban en el sentido  
de su figura inconsciente, cortante, fuerte,  
real y toda sin voluntad en su impresionante estar así.

Pero yo soy menos, me dije,  
así como examinaba los días de mi hacer,  
de este que se acerca dudoso a las cosas  
y todo lo ve antes de posarse, de apoyarse,  
antes de ser lo que es.

Piedra y alma tomadas de la mano.

Somos cruce, somos encuentro,  
el encuentro que se sobrepasa después del giro unido,  
hacia afuera, lo lejos, como para nunca más,  
hacia un infinito del corazón -  
somos ahora llegada y partida,  
piedra y alma,  
la riqueza del llegar, del acercarse,  
las ansias de ser el opuesto,

la entrega encantada, trueque, cambio y mutación,  
felicidad compenetrada,  
y apenas percibido, ya el inicio  
de la curva maravillosa por detrás casi  
y trazada con limpieza indescriptible,  
curva osada, libertad de libertad, vuelo del vivir.

Somos piel y arista, frío y calidez,  
la imagen entera  
puesta aquí - en medio - aquí,  
que ella sea y se exprese  
completamente.

## VIII

Como un inicio está el día,  
luz y brillo juegan sobre las aristas de las cosas,  
estas vivenciables, el aire va por los espacios  
y la piel emite la dulce impaciencia del candor.

Te evades o enfrentas.

Confías tu corazón al estímulo desconocido,  
- al aroma, al conocerse, al fluir -  
y atento, sereno vas al encuentro.

Que otros interpreten y tengan ideas,  
o, destruyendo,  
se realicen en vendavales de dominio y acción.

Tus manos empero van suaves y tiernas  
a que en ellas reposen pasto o insecto,  
se sostienen claras y cálidas  
en el centro del mundo y - siendo -  
despiertan su alrededor y acompañan.

Es otra la fuerza,  
la que no conocen, la que los asusta,  
menos visible de mutación en mutación,  
pero hace, y cuando pierde  
engolfá y se renueva, menos visible aún.

Y tus ojos, más blandos, admiran y quieren,  
van de cosa en cosa felices,  
festejando la reunión amistosa,  
o se cierran dulcemente sabiendo cauce y agua.

O caminando  
te sorprendes del suelo áspero y fresco,  
del peso de la tierra, de la tierra misma,  
de su majestuosa presencia por debajo de ti,  
y el lento ondular de tu ir contagia y mueve.

Como si nada valiese, aquí, lo desconocido,  
como si fuese un mal, un error el encarar y ser,  
o que sólo de niños sea el aprender,  
al margen de gloria y triunfo, los pobres.

Escuchando,  
alcanzando lejos con viento y noticia,  
atento, maravillado, incrédulo.

Como si fuese menos,  
menos que sus piruetas interminables y viejas,  
el ir de esta profundidad sutil y fecunda,  
esta marea de vida, esta marea de universo,  
ellos, los rezagados, enclenques, tosiendo.

O que la generosidad te sobrevenga  
y dones lo tuyo, todo lo tuyo,  
porque no haya nada que no hayas donado,  
tú, libre y feliz,  
y mires a la cara, a la otra,  
y ninguno baje la vista.

Y el inicio del día es -  
y el del corazón,  
y el del andar sobre esta superficie  
amplia y bella.

## IX

Queremos ser libres.

Volar por el espacio

profundo y amplio del alma nuestra,

hacia arriba, hacia abajo,

cruzar las distancias en curvas perfectas,

trazar el paso como pureza y felicidad

y volver a lo conocido

- para confirmación, para seguridad -

antes de soltarnos otra vez

hacia nuevos ámbitos de la eterna infinites,

gustosos, osados, rebasando un alegre asombro

al entorno seguro y veraz.

Somos así.

Pero antes - antes - por qué no esto,

qué cuesta, esto y esto, qué tanto demoramos...

Y ya.

O la curva lograda - por fin -

es práctica, después de todo,

y acá la usamos, sirve, adorna, mira -

queremos creer así la existencia,

pues es válido, ¿no?,

en los niños antes que nada,

o también en nosotros...

Y ya desvanecemos esta otra generación.

Osadía y confianza al suelo, y

puestas de peldaño para la siguiente,

la nueva, la infantil,

que a nosotros ya nos tragó cobardía y aprehensión,

de a pedazos, pedazos repetidos, acostumbrados,  
anhelados al fin.

Oleadas de niños contra la playa del temor,  
- nuevas, bellas, incontables -  
a ver si se desgasta,  
si cambia el paisaje, este nuestro,  
y alguien cualquiera reconoce la diferencia  
y da la seña.  
Sobre un promontorio nuevo,  
o desde la pequeña, formada ensenada, ahí,  
la ocurrencia ligera, brillante -  
y empujen entusiasmo y fuerza acciones felices.

De poco en poco abarcamos más.  
Pocos distanciados, casi perdidos, desligados,  
que apenas la inteligencia los lee.  
Apenas perceptibles.  
Es lenta la maduración que permite la naturaleza,  
lenta y llena de paciencia, nos desconcierta.

Pero vivimos.  
Podríamos ser a nosotros mismos incomprensibles,  
así como a veces volamos trozos de curva,  
un pedazo suelto, un trozo quebrado en el espacio,  
sin relación -  
a este lado arranchamos nuestras costumbres  
en ceguera y mentira -

y cabe todo esto en nosotros, lado a lado,  
convive - cómo lo hacemos,  
cómo lo mantenemos unido y no estallamos,  
nosotros, ingenuos como vamos  
de cobardía a desvergüenza, conformes.

Somos así.  
Pero a veces logra uno de nosotros  
allá un giro más amplio,  
un vuelo extenso y gracioso,  
y le felicitamos -  
  
nosotros, felices.

## X

Relatamos lo nuestro.

Alguien toma lápiz y escribe, otro dibuja,  
alguna muchacha baila, teje,  
o canta las melodías de su vida.

Decimos. Mostramos. No pude eso.

Esto me vale. Aquí soy incapaz. Esto me conmueve.

Si, anhelo aquello.

Caída y error, flaquezas  
expuestas como cuadros de una exposición,  
cobardía y vivencia,  
tragedia entera del destino humano,  
lo propio, lo querido - íntimamente -  
sabido o no, pero mostrado y dicho.

Lo defendemos. Todo.

Como inocentes levantamos murallas  
y cavamos fundamentos para una seguridad imaginada.  
Atrincherados contra novedad y cambio,  
rumiando lo conocido, contamos  
este soy, entre blanco y negro,  
tal vez aún querible.

Pero nos tomase - a veces, al azar -  
el aire de lo libre, aromas de osadía,  
el instinto por lo nuevo,  
y rompiese trinchera y muralla,  
hiciese explotar nuestro mundo seguro,  
o en la sangre, socavando,  
la nostalgia reordenase fluir y vida -

y nos abriese la boca - aún - el grito,  
el grito inmenso arrancado a las entrañas,  
el grito ahora por cierto humano:  
cómo iría la noticia golpeando oídos,  
este relato, hacia adelante, doblando rodillas,  
poderoso y vital.

## XI

Dime

¿hay algo que no sea - para el corazón - ejercicio,  
que no apunte a un más, a un hacia-adelante,  
a un madurar,  
pasando por el centro de nosotros?

Queremos descansar. Dejarnos estar  
y que nada tenga relación o crezca o signifique.  
Una brisa, un viento, un agua.

Un despertar a nada,  
a una felicidad de verdad, de luz,  
de estar y vivir - .

Y en este espacio sin tiempo ser.

---

Pero, más tarde,  
aceptar también el reflejo, la imagen, la voz,  
que blanco y negro valgan juntos el valor del entero  
y dé lo mismo el lugar y la vía,  
inmersos en la libertad de todo esto posible,  
con o sin, hacia o desde,  
suavemente palpitando  
el pulso maduro de esta indecible paz,  
suavemente palpitando el ritmo de la vida.

## XII

Observé el tejido,  
cariñosamente acaricié la planicie,  
dejé ir mis dedos, que palparan y sean felices,  
olí, escuché,  
descansé mis párpados contra su aspereza honrada  
y me recliné -  
sintiendo que era casi como la vida  
- cuando es -  
y nos sorprende su textura maravillosa.

Entonces es una manta puesta sobre la tierra  
la vida, una manta querida -  
que quien quiera se envuelva en ella  
y cruce el año con el paño indecible.

De miles de nudos hicieron su blanda extensión,  
nudos tomados el uno en el otro  
por el hilo infinito, doblados y retomados,  
que cada uno sea imagen y sentido,  
reflejo del entero,  
y alineados como sorbos de agua  
en el transcurso de la existencia,  
valgan, sin embargo, simultáneos,  
como superficie y bendición,  
como la amplitud que se nos da.

El corazón no puede.  
De nudo en nudo va lento,  
como un niño que aprende y no quiere palabras,  
involucrado, serio,  
madurando la ajena, la propia realidad,  
cada vuelta toda la vuelta.

(Y alguien, si indicase el tejido completo,  
cómo se frustraría ante la respuesta ingenua:  
no puedo, no sé.)

Pero a veces trae un aire la intuición  
que más allá del nudo, del otro, de otros más,  
se comporta ancha y blanda la otra imagen,  
la más adulta, la manta exquisita.

### XIII

Yaces de espalda, apenas cubierto,  
y duermes blandamente la hora de la siesta.  
Te rodea un ámbito de clara ternura,  
de afirmación, de inicio y fuerza -  
y así como me acerco  
me convence tu sueño de tu grandioso estar,  
chico tú,  
la manito semiabierta y las cejas trazadas, limpias,  
que con lo mío, con lo propio, qué sé hacer.

Tu ropa,  
cómo la dejaste botada y sin ver,  
que yo estire y ordene,  
tus zapatos que reúno y recojo,  
tus juguetes,  
ahora dispuestos sobre mesa y estante  
para que despierto  
busques de nuevo experiencia y expresión  
a tu corazón vivaz.

Anhelo serte servicial,  
ahogarme en la felicidad  
de ser para ti estímulo, apoyo y libertad,  
gastarme y en lo que pierdo  
verte aumentado y más cerca  
de aquello que nos es.

Respiras y duermes.

(Eres una ola en el centro del mar,  
apenas avanzando, imperceptible,  
hacia la costa de tu propia renovación.)

Y te veo y quiero ser nadie,  
darte lo mío, disminuir y soltar  
por que tú tomes y crezcas  
y seas más luego y más profundo  
más tú mismo, más veraz.

Que en mí lo más fue tarde,  
fue cierto en contra de mí  
y yo no entendía.

Deambulo y te quiero servir.  
Cuidar tu sueño infantil,  
abrir hacia más lejos espacio para tu vida,  
o cuando vuelvas de jugar  
tenerte aromas de pan, de leche  
o también de naranja,  
que elijas, gustoso, lo que quieras.

Precioso tú,  
durmiendo, respirando,  
cálido y blando.

## XIV

Tuve tiempo  
y ahora vuelco la mirada atrás, contra el torrente,  
hago espacio, que se exprese pregunta o queja,  
y yo me concentre, suspirando, palpitando,  
si hay palabras.

Contra la niñez, antaño,  
cuando quise jugar, pero no,  
o algún objeto que cayó  
y quebrado presagió el futuro;  
cuando me amaban, creía,  
o me obligaban y yo decía no,  
decía quiero allá adentro,  
adentro aquí de mí, decir,  
decir con mis manos infantiles,  
o mostrar lo que a mí  
se me mostraba.

Contra trabajo o gente,  
el ir del mundo  
y sus sistemas del odio irrepitable.

Contra estrella y valle  
- estas delicias del alma -  
en su verdad incuestionable,  
o una piel amorosa,  
un gesto fuerte, tierno,  
y caiga la balanza a este lado  
y nada más la levante.

Tiempo y corriente, agua y flujo -  
este es el paisaje que conoce mi corazón,

los revuelos en la orilla, freno  
y ya, veloz y llevado, no más aquí.

O hacia adelante, por encima del torrente,  
hacia adelante, hacia lo lejos,  
los frutos de la confianza,  
el decir en la intimidad,  
los niños de la primavera humana,  
tal vez que alguno de los nuestros aún los vea,  
a ellos, los felices, tranquilos, veraces.

Los bosques oscuros y llenos de rocío  
sosteniendo aún las costumbres vitales  
que enlazan aire, roca y agua -  
o un animal, uno nuevo,  
una brisa y, en el aire fresco,  
suave, la sonrisa humana.

No elegí el tiempo, el ritmo, el cambio eterno.  
Soy sido, despierto, atento,  
que a veces engendre, permita, libere.

Y ahora mismo, cruzado en el río,  
casi aún nadando, casi por nadar,  
la mirada del autorretrato  
dirigida hasta el fondo de mí,  
de este animal atareado, cansado,  
a quien un amarillo del alma, un amarillo feliz,  
arroja gustoso contra incertidumbre y tarea,  
contra el reinicio de todo lo perdible,  
contra lo difícil,  
que triunfe su luz clara, querida, entusiasmada - :

y ver

si también los otros colores se avienen al entero,  
así como se atreven a salir y tirar su propia emoción  
sobre la faz pintable -  
si hay, desde el torrente,  
un sonido ronco que sostenga vida y reflejo  
de mi conciencia incompleta -

si en el trasfondo se distinguen aún  
- congruentes -  
las señas de lo que aquí adelante  
tan fácil se percibe -

si es válida la imagen  
así como participa de velocidad y dirección  
pero ahora se deja observar - .

---

Ver -  
sabiendo íntimamente que todo es expresión,  
luz, gesto, palabra o silencio.